

LA ILUSTRACION DE LA MUJER



Año II

BARCELONA, 1.º DE ABRIL DE 1884.

Núm. 21



ELENA THEODORINI, dibujo de P. Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—LA INTELIGENCIA Y EL CORAZÓN.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Elena Theodorini, por D. Federico Cajal.—EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.—TIRANÍA FEMENINA, por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—LOS PERSONAJES FEMENINOS DE LAS OBRAS DE RICARDO WAGNER, traducción del alemán por el Dr. G. S.—PENSAMIENTOS DE MUJER, extractado de un libro de Doña Concepción Arenal.—D. NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.—MISCELÁNEA.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Elena Theodorini, dibujo de P. Ross.—EL DESCENDIMIENTO, copia del notable cuadro de Pedro Pablo Rubens.—TERESA KUNEGUNDA LOBIESTI, CZARINA DE RUSIA, por A. Malinowski.—LA MADRE, cuadro de A. Bouguereau.

LA INTELIGENCIA Y EL CORAZÓN.



Indudable que el reino de la sociedad está dividido entre el pensamiento y el corazón; este lo representa la mujer, aquél el hombre. El corazón para su educación exige pureza de afectos y sentimientos levantados y nobles; as generalizaciones, los conceptos abstractos que constituyen la ciencia son de exclusivo patrimonio del pensamiento. ¿Por qué, pues, ese prurito de los utopistas (como nos llaman) por desnaturalizar á la mujer, por desorientarla de su verdadera misión, haciendo toda clase de esfuerzo con sus predicaciones para que illustre su inteligencia?

Estas observaciones andan en boca de tantas gentes y son tenidas por tan verdad, que vienen á ser como especie de indiscutible proverbio y proverbio tan arraigado, hasta por aquellos que de discretos y peritos se precian, que impide que las cosas se vean de una manera adecuada, dando al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios como Jesucristo nos manda.

Pero poco importa; que así como de átomos invisibles se forman los seres que pueblan el mundo, con las insignificantes predicaciones de cada día haremos, quizás no tarde, una opinión formal, un criterio contrario á ese empalagoso y hasta hipócrita sentimentalismo que quiere á la mujer un ángel para convertirla en demonio.

¿Qué desean los sentimentalistas? ¿La mujer corazón, pero corazón impregnado de sentimientos puros que la muevan á vivir en el mundo conforme con la verdadera justicia, la misericordia y la caridad, sintiendo todo lo grande y noble? Pues desengañense, tienen que admitir de una manera forzosa la mujer ilustrada. Y vamos á la prueba.

En el sér humano corren pareja las ideas y los sentimientos. Los sentimientos, móviles de nuestros actos, son de la misma naturaleza de las ideas que los ocasionan, como el fruto es de idéntica naturaleza que el árbol que le produce: á toda idea buena y justa corresponden sentimientos de justicia y de bondad; á toda idea errónea, sentimientos torcidos; á toda idea de iniquidad y de crimen, sentimientos aviesos. Con ejemplos haremos lo dicho más patente y figurativo.

Un joven sale del seno de la familia, quizás con algunas enseñanzas morales: asiste á la taberna, al garito ó á cualquiera otra universidad del vicio; y allí recibe completa y acabada explicación de todo lo que se requiere para vivir del crimen, explicación de cien profesores siempre dispuestos á dársela sin remuneración alguna. Aquella alma por naturaleza buena, aquel corazón inocente que en otro tiempo sólo cometiera insignificantes faltas, se modifica con las lecciones de sus maestros, se transforma y avanza derechamente por el camino del crimen, hasta tocar en un día en que comete cualquier delito que nuestro código pena.

¿Qué se ha operado en el espíritu del joven para la realización de tal hecho?

Que sus ideas torcidas y conocimientos erróneos aprendidos en los focos de corrupción, despertaron en él sentimientos iguales y estos sentimientos se convirtieron en móviles de sus actos.

Mas ¿por qué ir tan lejos? En el mismo hogar, en el seno de la familia resalta de modo evidente el aserto que sostenemos. Los padres, aunque si-

guiendo muchas veces una conducta instintiva y rutinaria, procuran con solicitud que sus hijos, cuya perfecta educación desean, no se rocen ni comuniquen continuamente con los domésticos; porque estos, careciendo de ilustración, y de educación descuidada, son fáciles en verter palabras poco decorosas en presencia del educando y realizar actos que no simpatizan con los preceptos de la moral. Resultando, que la palabra dicha y el acto ejecutado, impresionan la inteligencia del niño, le sugieren ideas, las ideas despiertan los sentimientos y los sentimientos, hijos legítimos de ideas corrompidas, son móviles de una vida inmoral.

Ahora bien, ¿por qué sustraer á la mujer de esa ley general? ¿Por qué si han de ser nobles y tiernos sus sentimientos, y afectarse hondamente su corazón por todo lo grande y bello, no ha de tener entendimiento ilustrado para que comprenda lo que es noble, entienda lo que merece ternura y perciba de modo claro todo lo grande y bello? ¿No es este el medio lógico y el camino más adecuado?

Es innegable que la mujer debe ser ángel de paz en el hogar doméstico y de civilización en la sociedad; es cierto, como los sentimentalistas dicen, sin saber lo que dicen, que la mujer por medio de los afectos aparece en la vida como una especie de providencia. Mas esto en manera alguna supone que nuestra bella mitad, para que realice bajo esa forma su altísima misión en el mundo, deba poner en olvido el cultivo de su inteligencia con sólidos conocimientos, entregándose ciega á los propios instintos y á los espontáneos impulsos.

¿Qué significa, en verdad, ser ángel de paz en el hogar doméstico y de civilización en la sociedad? Que la mujer, por ejemplo, elegido con discreción el hombre que necesita para ser feliz, forme dentro del hogar con los raudales de sus afectos, una atmósfera de bienestar incomparable, que la madre esboze delicadamente con sus sabios halagos y caricias la educación de sus criaturas, con el objeto de que cuando la edad lo permita, sean dignos hijos de la patria y miembros útiles de la humanidad. Y si la mujer soltera sólo se ha ocupado en mover las teclas del piano para hacer la caricatura de inspirada composición, de modelarse con los artificios de la moda para ser el adorno de los salones, leer algunas novelas insustanciales y aprender como el papagayo las reglas insípidas y rutinarias de la moral casera, ¿cómo podrá ser digna esposa si su entendimiento limitado y estrecho por falta de ilustración, no sabe, no comprende los altos fines del matrimonio? ¿Cómo podrá poner la mano, una madre ignorante en la obra de la educación de los hijos sin cometer torpezas y errores trascendentales, cuando educar es despertar la razón dormida y para ello se necesita de una razón despierta, cuando educar es adivinar la vocación, las disposiciones naturales de la criatura y esto en rigor exige el tacto exquisito del entendimiento ilustrado?

¡La mujer ignorante ángel de civilización! La mujer de entendimiento inculto es forzoso que sea de afectos pequeños y limitados: convertida en madre, no sabiendo sentir lo grande, inculcará á sus hijos sin darse cuenta de lo que hace, sentimientos menguados.

Acostumbrará á la inteligencia del niño, quizás apta para cosas grandes, á que sólo se fije en escrúpulos ridículos, en insignificancias y apariencias pueriles que tanto dañan, disponiéndole de esa manera para que cuando llegue el momento en que viva por cuenta propia le sirvan de únicos guías una inteligencia de vista corta y un corazón de aspiraciones mezquinas: en vez de inspirarle poco á poco amor á la ciencia y veneración á los sabios, palanca de que se sirve la Providencia para mover la humanidad, perezosa de suyo, haciéndola ascender gradualmente á la cima del ideal, é inspirándole el sentimiento del arte que hace al hombre, en verdad, virtuoso, por mediación de la pintura y la poesía que dan el contorno y el colorido propios á lo bueno y malo, á lo hermoso y feo, á lo sublime y cómico de la vida, y sobre todo por la audición de la música que en su vaguedad divina nos habla del *excellior* despertando en el misterioso seno del alma presentimientos de una vida mejor.

No hay duda que más que por el desuido del padre, por la ignorancia de la madre, las familias arrojan á la sociedad un contingente de jóvenes de vocaciones torcidas, enclenques y raquíticos de alma y cuerpo.

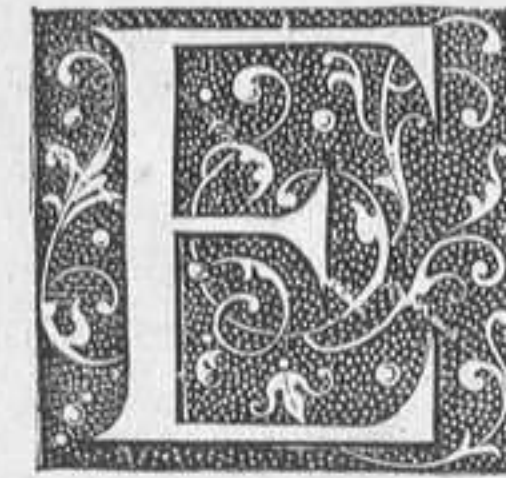
Tal es la obra del sentimentalismo. Si quieren á la mujer sentimiento y sólo sentimiento para que en su ignorancia bella se nos antoje un ángel, ese ángel es aparente, en el fondo es demonio que desde

el seno de la familia y por la educación de los hijos impide la civilización y el progreso.

Esto es lo cierto: el corazón noble y levantado nace de una inteligencia ilustrada.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

ELENA THEODORINI.



El pueblo madrileño ha tributado este invierno entusiastas ovaciones al talento de la eminente artista Srta. Theodorini, cuyas dotes especiales cautivan de un modo completo al espectador, que contempla en ella la doble personalidad de la actriz dramática y lírica. Los periódicos de la corte han considerado cada ópera en que la Theodorini ha tomado parte, como un nuevo triunfo y una hoja de laurel más que añadir á la corona de la célebre artista, numerosa en lauros á pesar de su temprana edad.

Mostró su afición á la música desde sus primeros años, dando en ella precoces muestras de su valer artístico. Elena Theodorini reveló su talento superior como concertista de piano, en cuyo instrumento admiró á los que tuvieron el placer de oírla, desde la edad de nueve á diez y siete años en que se dedicó al estudio y ejecución de obras clásicas. Más tarde, entreviendo nuevos horizontes para su carrera artística, emprendió el estudio del canto, llegando rápidamente á la cumbre en donde alcanza merecidamente la gloria reservada á los talentos eminentes.

Vió la luz primera Elena Theodorini, en Crayove, Rumanía, el 25 marzo 1858, y á la edad de nueve años presentose al público como concertista de piano, hasta que en 1875 pasó á Milán para ponerse bajo la dirección del Maestro Sangiovanni y estudiar el canto. Dos años después, en 1877, logró un brillante éxito al hacer su primera salida en el teatro de Cuneo, Piamonte, encargada del papel de Gondi en la ópera *Maria de Rohan*, cantando de mezzosoprano.

Desde este momento crece el valer de nuestra artista de tal modo que es difícil seguirla en una suscita biografía, que sólo permite apuntar ligeramente los hechos culminantes de su carrera artística.

Poco tiempo después debutó como soprano ligera y en 1880 en el teatro Dal Verme, de Milán, obtuvo un triunfo completo y ruidosísimo, al desempeñar como soprano dramática el papel de Judía. Una vez llegada al punto culminante de su carrera, la Theodorini ha recorrido brillantemente gran número de teatros entre los que podemos citar los de la Scala (Milán), Bolonia, Florencia, Rávena, Liorna, Trento, Varsovia, Bucarest y Madrid, en los que ha obtenido numerosas ovaciones al cantar obras tan escogidas como *Aida*, *Africana*, *Hugonotes*, *Traviata*, *Barbero*, *Mefistófeles*, *Favorita*, etc.

En nuestra capital cantó por vez primera en el teatro Principal hace tres años *Aida*, y después en la temporada de primavera del próximo pasado en el gran teatro del Liceo, donde dejó gratísimos recuerdos. Contratada durante los dos inviernos anteriores en el Real de Madrid, su primera salida fué en el papel de Valentina de los *Hugonotes*, siendo desde entonces aplaudida constantemente mereciendo honrosas distinciones del público y de la familia real. Durante la permanencia del príncipe imperial de Alemania tomó parte en el concierto dado en su obsequio en Palacio.

De esbelta figura y fisonomía simpática, Elena Theodorini se impone al público desde los primeros momentos de su aparición en la escena por el completo dominio del arte y la acertada interpretación del papel que desempeña, estudiando á la par que la obra del compositor de la música, el argumento que caracteriza el modo de ser, las situaciones, sentimientos y pasiones de que está poseído el personaje que tiene que representar. Por eso la Theodorini es doblemente aplaudida y admirada. En los *Hugonotes*, sobretudo en el duo del acto cuarto, consigue siempre inmensa cosecha de aplausos, tanto por el modo admirable de cantar lo cuanto por la verdad que imprime á la difícil situación que representa la obra. Y no es la Theodorini de aquellas artistas que se parecen siempre en cualquier ópera que cantan, pues para cada personaje distinto sabe crear un tipo especial y adecuado.

Amante en sumo grado de España, en donde ha permanecido gran parte de su carrera artística, ha

recorrido varios de sus principales teatros, proponiéndose darse á conocer en los restantes.

A su talento en la escena añade Elena Theodorini una esmerada educación y un trato ameno que le permiten brillar en sociedad y demostrar en la escena el buen gusto que tanto realza al bello sexo para el público, á cuyos ojos son importantes los detalles más fútiles ya que juzga desde lejos el efecto no sólo de la voz sí que también del arte escénico.

A pesar de los pocos años que hace canta la Theodorini, tiene tal dominio sobre su garganta, que exhala notas suaves, sonoras y melodiosas como los trinos de las aves y que hacen esperar llegue dentro de poco tiempo á rivalizar con las estrellas que más brillan en tan difícil carrera. Corrobora nuestro aserto el afán con que su contrata es solicitada, habiendo deshechado brillantes ofertas que se la hacían desde París, este invierno, por permanecer en el Real, donde es probable tenga el público madrileño el placer de oirla durante el venidero invierno.

Los gratos recuerdos que en nuestra capital dejó, hacen esperar nos visite antes de mucho nuevamente, proporcionándonos la ocasión de admirarla otra vez ya que de nuestro público debe conservar agradables recuerdos por la cariñosa despedida que se le hizo al abandonar el palco escénico del Liceo.

FEDERICO CAJAL.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

EL DESCENDIMIENTO.

Copia del célebre cuadro de Pedro Pablo Rubens.

El sublime epopeya del cristianismo que llevó á cabo Jesús, viniendo á la tierra para redimir con su sangre á la humanidad, ha proporcionado al arte joyas valiosas que serán siempre la admiración de todos los amantes de lo bello.

Y así debe ser. Los asuntos tan inspirados que la divina pasión ofrece á la fantasía de los pintores, les dan un medio de unir su nombre á la gloria de las escenas que representan. Los más afamados pintores nos han legado ilustraciones inmortales de tan sublime epopeya. La *Cena*, de Leonardo de Vinci; el *Spasimo de Sicilia*, de Rafael, que recuerda un tiernísimo episodio del camino del Calvario, y el no menos celebrado *Descendimiento*, de Rubens, son ejemplos de ello.

Pedro Pablo Rubens, que floreció desde 1577 á 1640, dejó magníficos lienzos que son la gloria de la escuela flamenca, siendo su obra maestra el *Descendimiento de la Cruz*, que forma la parte central de un vasto tríptico, á cuyos lados están la *Presentación de la Virgen* y la *Presentación de Jesús*, decorando la catedral de Amberes.

Aunque conocido de todos el asunto, indicaremos someramente las extraordinarias cualidades que revela esta grande obra del genio flamenco. El cuerpo de Jesús, objeto primordial del cuadro, está pintado con un acierto admirable por la verdad con que se retrata la muerte, en las amoratadas carnes, la posición tan realista de la falta de vida que contrasta con la desesperación de la Magdalena y la dolorosa resignación de la Virgen, cuyo rostro constituye por sí solo un poema de ternura.

San Juan, que sostiene el cuerpo del Salvador, completa esta obra admirable que tan bien personifica la redención del mundo por el sacrificio inmenso del mártir del Gólgota.

El colorido, la disposición original del cuadro, el sólido dibujo y la expresión patética de los rostros, han hecho célebre este cuadro cuyas reproducciones llenan el mundo entero cual lo ha hecho su fama.

TERESA KUNEGUNDA SOBIESKI

CZARINA DE RUSIA.

Copia del cuadro de A. Malinowski.

HEMOS dado en varios números de nuestra Revista, en un estudio sobre las costumbres de la mujer rusa, curiosos datos acerca de las ceremonias que en dicho país efectuaban las czarinas y grandes damas, así como de sus habituales ocupaciones.

Entre las varias princesas notables de la corte rusa, llama preferentemente la atención Teresa Kunegunda Sobieski, esposa del czar Ivan. Hija de la electora de Baviera Maximiliana Emanuela, fué educada por su madre con un cuidado especial, inspirándole grande

amor á todo lo bello y haciéndole cultivar el trato de los hombres notables de su reino, que rendían culto á Teresa, como persona real y á título de ilustrada princesa. Las dotes intelectuales estaban aún en nivel inferior á las morales, cuidadosamente cultivadas cual correspondía á una futura soberana.

Elevada al trono de Rusia, país que tantos años ha permanecido casi inaccesible á la civilización, recibió la capital un sin número de artistas y hombres ilustres, que Teresa atrajo á la corte, tanto de sus protegidos en Baviera, cuanto de los países vecinos que en busca de la protección imperial acudían, seguros de hallarla según sus méritos y no escasa de tan ilustres protectores.

Con auxilio de estos valiosos elementos la zarina emprendió grandes reformas, así como la construcción de varios establecimientos benéficos que atestiguan su solicitud para con los desvalidos y la protección que siempre dispensó al menesteroso desde el lugar elevado que en la sociedad ocupaba.

Deseando LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER recordar todas cuantas glorias ha sabido alcanzar la más bella mitad del género humano, reproducé hoy el magnífico grabado, copia del retrato de la zarina Teresa Kunegunda, obra del célebre pintor A. Malinowski, para que sus lectoras puedan apreciar en tan fiel reproducción los nobles rasgos de la zarina, su frente espaciosa y despejada, signo de una elevada inteligencia.

LA MADRE.

Cuadro de A. Bouguereau.

El cariño de madre no tiene límites; cuantos martirios puedan imaginarse triturarán físicamente el cuerpo de una madre mil veces menos que un pesar moral que afecte al corazón materno. Y entre todos los pesares la separación del hijo de sus entrañas, es el colmo de los sufrimientos de una madre. ¿Quién no recuerda el pasaje bíblico, expresión sublime del maternal dolor, cuando la Virgen ha perdido á su hijo y afanosa lo busca? ¿Qué placer es comparable al suyo cuando lo halla disputando con los doctores de la ley?

Este afecto innato, ese manantial de cariño que no se agota jamás, es tan grande y sublime, que traspasa la esfera humana y se extiende hasta el reino animal.

El inteligente artista Bouguereau cuyos sentimientos nobles se retratan en sus obras, se ha inspirado en el maternal sentimiento, para la creación del magnífico idilio que representa el grabado de nuestra página 168.

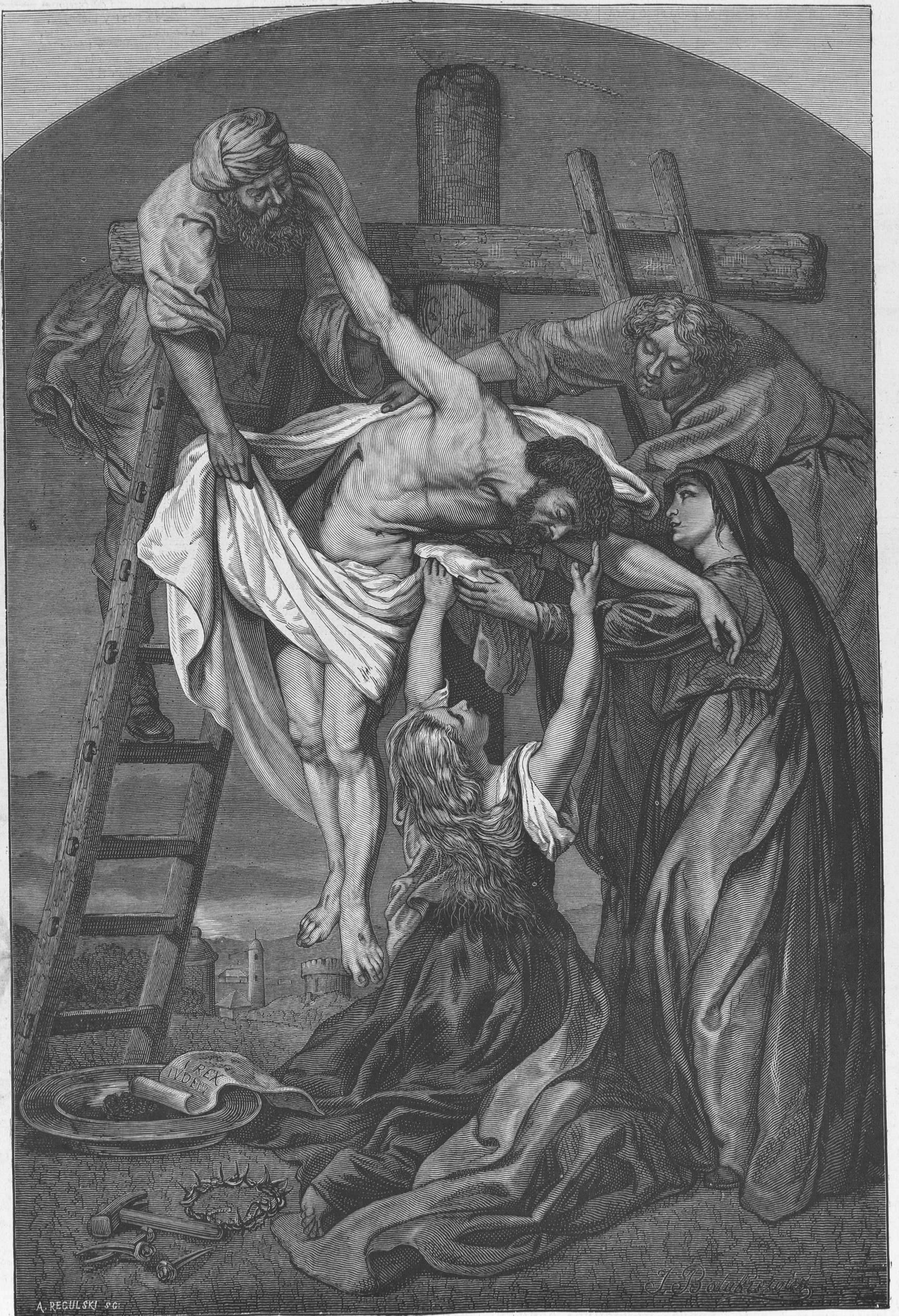
¡Cuánta belleza representada en tan sencillo grupo! Una oveja balando sigue tras su hijo, inocente corderillo, cuyas fuerzas no bastan para andar con su madre y que la pastorcilla lleva en sus brazos reanimándolo con el calor de su pecho.

La expresión admirable de la joven, que contempla á la oveja, es imposible de explicar y sólo el magnífico grabado puede dar idea de ella, comparándola con la de la oveja, que fija la mirada en su hijo mientras este abrigado parece no inquietarse por la que le dió el sér. ¡Qué magnífico asunto! El lugar de la escena, solitario y sombrío, la vejetación frondosa, demuestran la poesía con que el autor reviste el cuadro, añadiéndola á la idea tan expresiva que el grupo reproduce.

TIRANÍA FEMENINA.

Bien dijo un famoso sabio,
Que para el lazo es el cuello,
Para albardas las costillas,
Para el látigo los cuerpos,
Para esposas las muñecas,
Para las bocas los frenos,
Los labios para mordazas,
Y los piés para los cepos,
Y si no lo dijo un sabio,
Lo digo yo, que es lo mesmo.
Hoy que está el libre alvedrio
En grande predicamento;
Hoy que tanto se discute
De *inalienables* derechos,
Y la voz *autonomía*
Ensordece el universo,
Esclavos somos humildes
Del más despótico imperio
Y más dura tiranía
Que los mortales sufrieron.
El reinado de Dionisio,
La potestad de Tiberio,
El negro humor de Falaris,

Las impiedades de Nero,
Son nonada y fruslerias
Ante el estrago funesto
Causado por el tirano
Que estamos obedeciendo
Y reina desde *ab-initio*
Sobre nobles y plebeyos,
Sobre sabios é ignorantes,
Sobre grandes y pequeños.
¿Quién dice que la hermosura
No nos lleva del cabestro,
Y atados, rabo entre piernas,
Como sumisos corderos?
¿No es baldón imperdonable
Que hombres hechos y derechos,
De hinojos culto tributen,
Y hagan fiestas como perros,
Quién, á un rostro morenillo,
Quién, á un dorado cabello,
Quién, á un pié breve y menudo,
Quién, á unos ojillos negros?
¿No es mengua que un hombre grave
Capaz de mandar un reino,
Obedezca á una rapaza
Porque viste zagalejo?
¿No es vergüenza que un soldado
Que manda todo un ejército,
Y vence enemigas huestes
De la pólvora al estruendo,
Venga al postré á ser vencido
De tierna mirada al fuego?
¿No es bueno que un sabihondo
Que estudia los elementos,
Acabe en ser lazarillo,
Y salserete y muñeco,
De un diablillo con basquiña
Que apenas sale del huevo:
Y de *sabio* que era antes,
Concluya en *bobo* y en *neccio*?
Y si al menos estos simples,
Se prendaran de compuestos,
Y del juicio *quebrados*,
Se hiciesen por un *entero*;
Pero nó, el famoso Aquiles,
Capitanazo de griegos,
Por el *color* de Brisada
Anduvo perdido el s.s.o.
Al bueno de Enéas, Lavinia
Lo pescó por los *cabellos*;
Por los *ojuelos* graciosos
La niña Cinthia á Proporcio,
Y al más afamado músico
Euridice por sus *dedos*;
Y hay hombre que se enamora
De un fenómeno estupendo
Por el andar, por la risa,
Por la voz, por un hoyuelo,
Por la punta de una oreja,
Por las uñas de los dedos:
Si es que el pobre no enloquece
Por postizos y embelecicos,
Cintura que hace un corsé,
Chingnon que miente cabellos,
Y bellezas adobadas
Que son pinturas al fresco.
Si al menos todos supieran
Qué es lo hermoso y qué es lo feo;
Pero en punto de hermosura
Cada quisque tiene un credo,
Estando los pareceres
Como los mares revueltos.
Unos dicen: blanca y rubia
Es de hermosura modelo;
Otros dicen lo contrario:
Que morena y pelo negro.
Unos quieren cuerpos grandes,
Otros los quieren pequeños.
¡Ajustenme estas medidas!
Pues no es flojo el desconcerto
De los señores filósofos
Cuando á decir se pusieron
Lo que es *Madama hermosa*,
En filosóficos términos.
Belleza es «*número tres*»,
Dijeron peripatéticos,
A lo que dijo un casado:
Pitágoras dió con ello,
Que mujer, cuñada y suegra,
Son el guarismo completo.
Otro dijo, que era «*sol*
Que alumbra el entendimiento.»
No está malo, sol que deja
Al hombre más lince ciego.
Es belleza dijo Sócrates,
«*Tiranía de poco tiempo.*»
Lo que es aquí, señor sabio,
No dió usted en el terrero,
Porque dura lo bastante,
Para tornar loco al cuerdo.
Platón dijo que «*es belleza*
De natura privilegio.»
¡Con que también nuestra madre
Es amiga de los fueros!
Estoy por querer las feas
En odio á los privilegios.



EL DESCENDIMIENTO, cuadro de Pedro Pablo Rubens.



TERESA KUNEGUNDA SOBIESKI, CZARINA DE RUSIA, cuadro de A. Malinowski.

Pues el sabiaz Plotino,
Filósofo circunspecto,
Dijo que era «una apariencia
Halágüena», y dijo cierto,
Que el vinagrillo y las pastas
Las luces y los cosméticos,
Han llevado á más de cuatro
A desengaños funestos.
Por eso quiere la noche
La mujer como el murciélago,
Y pocas damas resisten
A un examen á sol lleno.
Lo mismo dijo Teofrasto,
Filósofo á quien sospecho
Debió tocarle una ninfa
Escaparate de huesos,
Sin dientes y sin pestañas,
Sin caderas y sin pecho,
Con labio y ceja pintados,
Con añadidos por pelo,
Cuando escribió que «belleza
Es un engaño encubierto.»
Anacreonte, famoso
Por sus muchos devaneos,
Como pollo en Capellanes
La define: «don del cielo.»
Díganlo las hermosuras
Famosas del universo,
A quienes, si fué un regalo,
Fué dádiva del infierno.
«Desgraciada la que nace
Hermosa», en valiente estro
El autor del *Diablo Mundo*
Respondióle al poeta griego:
Y no es extraño que juzguen
Con tan opuesto criterio,
Que al tomar ambos la pluma
Y definir el objeto,
El uno escribió llorando,
Y el otro escribió riendo.
«Mónstruo de naturaleza»
La definió otro cerebro
Que no era rana, y á salvo
Su saber, que no lo niego,
Don Aristóteles, digo
Que no anduvo usted discreto
O quiere hacernos los tontos
Valido de su talento.
Los mónstruos siempre repugnan
Y yo, por mí le confieso,
Que tras de una bella cara
Me como siempre los dedos.
Más razonable, Teócrito,
Dijo que era, «un mal muy bello»,
Y con las mismas razones
Dijera, que «un bien muy feo.»
Conformes, señor poeta,
Nada en el mundo es perfecto:
Y Dios nos libre del mal
De belleza caer enfermos.
Otro filósofo dijo,
(Y aquí, *inter nos*, no lo creo)
Belleza es: «reina sin guardias.»
Eso cuadra en otro tiempo
En que andaban las doncellas
Vagando de cerro en cerro,
Perdiéndose de maduras
Sin escuchar un requiebro,
Que ahora cualquier hermosa
Lleva detrás un ejército.
«Es mentira que no habla»,
Otro se vino diciendo,
Lo cual, lector, es mentira,
Porque habla más que un barbero,
A las potencias del alma
Y los sentidos del cuerpo.
«Altar para un solo día»,
Dijo con cierto gracejo
Deótimo; pero noche,
Dijera con más acierto,
Sinó que nunca los sabios
Dijeron nada derecho
Cuando se ponen á posta
A adelgazar el ingenio.
Otro sabio la define:
«Mancha blanca», caballeros,
Pues enterados quedamos:
Para entender el concepto
Es preciso figurarse
Pelo blanco en gato negro.
El gran Carneades, dijo;
Que la hermosura es «un reino
De gravísimos cuidados
Con mucho desasosiego.»
Parece que fué doncella
Este filósofo griego,
Y que anduvo perseguida
Por alanos y sabuesos.
San Dionisio la define:
«Anima del mundo.» ¡Fuego!
Pues si es el alma, ¿qué extraño
Que sean esclavos los cuerpos?
Otro sabio que ha vivido
Más cerca de nuestros tiempos,
«Sanguijuela de la Hacienda»

La llamó sin miramiento:
Y debe ser que á este pobre
El amor lo dejó en cueros,
Pues diz no haber quien resista
De dama hermosa á los ruegos,
Y en punto á rogar, aprietan
Como mazos de cuberos.
«Un bien para los demás»,
La llamó Byron en verso,
Pero mejor la llamara
«Un mal para el mundo entero.»
Ya pueden ver los lectores
La confusión que hay en esto,
Que si fuera este tirano,
En sus señales y pelos
Confesado y conocido,
Fácil fuera hurtarle el cuerpo;
Mas unos juzgan hermoso
Lo que otros tienen por feo,
Siendo el punto de belleza
Lo mismo que el de alimentos,
Materia sujeta al gusto
Y á los caprichos más necios.
Tal se prenda de un vestiglo
Que hará despertar de un sueño;
Tal á un mónstruo con enaguas
Le llama «dulce embeleso»;
Hay quien dice «flor de Mayo»
A algún pergamino viejo,
Y, «primavera lozana»
A un invierno hecho y deshecho,
Yo he visto llamarle, «mimbre»
A un talle de cuatro metros;
A una frente con arrugas,
Decirle «Campo Eliséo»,
«Esbelta», á una patí-coja,
Y «sol radiante», á un mochuelo.
Visiones de San Antonio,
Lechuzas con zagalejo,
Han celebrado poetas
En elevados conceptos,
Que cualquier hombre de gusto,
Si conociera al sugeto,
Gracia hiciera de la dama,
Y quedara con los versos.
Está el hombre en este punto
A ilusiones tan expuesto,
Que de cualquier Maritornes
Se forma su mente un cielo;
Y á modo de diestro artífice
Le corrige los defectos,
Quitándole lo que sobra
Y lo que falta añadiendo,
Por el placer de postrarse
Ante el ídolo contrechó,
Y de ficticia hermosura
Rendirse al tirano imperio.
Las hermosuras perfectas,
Lector, es cosa de cuento.
De las Helenas famosas
Que nos dicen de otro tiempo,
Heroínas que han llenado
Librazos de á folio enteros,
Bien se puede sin escrupulo
Quitar un veinte por ciento;
Otro diez de adulación
De aquellos que más sirvieron,
Y otro diez, por lo que el vulgo
Poco á poco fué añadiendo.
Pero demos de barato
Que tal cual las pintan fueron;
Volverse loco de amores,
Es propio de majaderos.
La mujer que fama ensalza
De hermosura por extremo,
Anda en sobra en presunción
Y anda en falta en el talento.
Belleza en lenguas de fama
Es para vista de lejos.
Ninguno sirvió á deidades
Que la palma merecieron
De belleza, sin pagarlo
Muy á costa de su crédito.
Entra amor con alabanzas,
Y sale con improperios;
Pues con cielos nos promete
Y nos paga con infiernos.
No hay remedio contra el daño.
Es la beldad cierto género
De autoridad, que reclama
El más ciego acatamiento
A sus menores caprichos,
A sus mayores deseos.
Por la razón no se infiltra
En el pecho del discreto,
Y de aquí que la razón
No tiene en ello gobierno.
Conque ¡sus! ¡fuera tiranos!
Acábase ya este imperio:
Cierra ojos y adelante,
Y la obediencia neguemos.
Mas... ¿qué digó de negar,
Si estoy ya de amores preso
En la red de una hermosura
Por quien deliro y me muero?

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

REVISTA MADRILEÑA.



RILLANTÍSIMA fué la fiesta que organizara el *Conservatorio de música y declamación*, con objeto de arbitrar recursos para la construcción de un mausoleo á la memoria de los insignes artistas Matilde Díez y Julián Romea.

Nunca el magnífico salón del Conservatorio se ha visto concurrido por mayor número de hermosas damas, de distinguidos literatos y renombrados artistas y políticos.

Los alumnos Srtas. Moreno, Fernández y Murrio y los Sres. Osorio y Alvarez, Mendiguchía y Melgares, interpretaron con acierto el primer acto de *La bola de nieve*, y los números musicales que figuraban en el programa arrancaron merecidos aplausos al ilustrado público.

La niña María Mantilla, esa actriz en miniatura sobradamente conocida de la sociedad madrileña, se distinguió notablemente recitando de una manera admirable el monólogo de Echegaray: *¡Pobre María!* Julián Romea interpretó el monólogo de Cavestany *La noche antes*, leyeron poesías D.^a Teodora Lamadrid, D. Antonio Vico y D. Ricardo de la Vega, y acompañaron á las alumnas de canto, en el piano, los maestros Power á Inzenga.

Un aplauso á los dignos profesores del Conservatorio que tan galantemente se han prestado á dar brillo á una fiesta consagrada á honrar la memoria de dos artistas inolvidables, merecedores en un todo de la admiración de la posteridad.

¡Ojalá de hoy más la gloria de un actor verdaderamente ilustre, no muera en la memoria de sus contemporáneos con la misma facilidad con que se apaga el eco efímero del aplauso, entre las ondas del aire!

Porque de todos los hijos del arte, el actor es quien menos recompensa alcanza; el escritor, el músico, el pintor, legan sus libros y sus obras á las edades futuras; la palabra del actor se desvanece, se pierde en el vacío, y la gloria y el aplauso del inconstante público, sólo le acompañan en vida; como al morir su obra no queda, el olvido tiende su manto de sombras sobre la tumba del pobre ser que con sobrehumana inspiración ha dado color y vida á las brillantes creaciones de la fantasía humana.

No nos ha extrañado el fracaso de *Las Vengadoras*, de Sellés. Muchas y altas dotes dramáticas atesora el mencionado autor, pero no basta el talento para excusar la presentación en escena de ciertas llagas sociales. Las polémicas, las controversias que la producción ha suscitado, demuestran de un modo evidéntísimo que nuestro público, felizmente no tan estragado en sus gustos como el público de la nación vecina, desea no descender á las profundidades del vicio para aprender á aborrecerlo, sinó elevarse á las serenas regiones de la virtud y desde allí ver desenvolverse los grandes problemas humanos.

Incalificable fué el escándalo que tuvo lugar en nuestro teatro Real en una de las pasadas noches, escándalo que no bastó á conjurar la presencia de los reyes y las infantas.

El célebre Massini cantó su parte de Raul, en *Los Hugonotes*, de la manera magistral que él sabe hacerlo, y con todo y desplegar sus admirables facultades, las muestras de desaprobación, la protestas se insinuaron de una manera tan inconveniente, que el grande artista herido en su amor propio y en su dignidad, olvidó en un momento de arrebató toda clase de miramientos negándose á proseguir la representación.

El tumulto fué indescriptible, el escándalo llegó á su colmo, los reyes abandonaron el coliseo y Massini se retiró á su casa poseído de la más profunda agitación.

Al día siguiente los periódicos publicaron una carta del artista, dando cumplida satisfacción al público sensato que siempre le ha alentado con sus aplausos, y en breve Madrid entero le atestiguaba sus simpatías, en el propio teatro donde tres noches antes fué víctima de tan incalificable é injusto proceder.

Sería de desear que escenas como las que acabamos de relatar no menudearan en nuestro primer teatro lírico, porque de proseguir el peligroso camino emprendido, ninguna eminencia artística se atrevería á presentarse ante nuestro público temerosa de perder en un momento la reputación que consiguiera á costa de años y de estudio.

La intransigencia y la injusticia acabarían por perjudicar en nuestra patria el desarrollo y cultivo del arte, elemento tan necesario á la ilustración de los pueblos, y al perfeccionamiento de las inteligencias.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 marzo 1884.

LOS PERSONAJES FEMENINOS

DE LAS

OBRAS DE RICARDO WAGNER.



Bajo este título va á salir á luz en Leipzig una obra de lujo, ilustrada con 12 láminas, en la que su autor el doctor Gosche hace la tentativa interesante de explicar los personajes femeninos de las óperas de Wagner por el influjo que ejercieron sobre el artista las mujeres con quienes ha estado en contacto en las diferentes fases de su vida.

Muy importante parece en primer lugar la influencia de la madre de Wagner; bajo este punto de vista y haciéndonos cargo del cariño filial de Ricardo para con ella, ha de impresionarnos más vivamente la tierna insistencia con que hace preguntarle por el aspecto de su madre á Sigfrido, sentado pensativo á la sombra de un árbol en la silvestre soledad, y su última obra nos conmueve más profundamente al ver que Parsifal, de todo su pasado, sólo se acuerda de su madre Dolores, y más tarde recordando la memoria á la vista de Kundry con un ¡ay! tremendo se acusa de que jamás haya podido olvidar á su madre.

De las seis hermanas de Wagner, la que más se había arraigado por decirlo así en el corazón de su hermano era Cecilia, que él cariñosamente solía llamar *la Cile* (Tsile). Era Cecilia una niña dulce, buena, inteligente, de cabello oscuro y de ojos picarescos, á veces soñadores, admiradora algo exagerada y compañera interesada de todos sus proyectos, de modo que le inducía fácilmente á mantenerse apartado de sus compañeros y de sus juegos, dejándose engañar por ella las lágrimas de su terquedad ofendida ó de sus esperanzas frustradas. Gosche cree que el cariño de esta hermana sugirió á Wagner el motivo de la noble glorificación del cariño fraternal que nos presenta en la Irene de Rienzi.

Cuando era maestro de orquesta en Magdeburgo, Wagner conoció á la hermosa dresdenesa María Planer, actriz del teatro Municipal con quien se casó luego en noviembre del año de 1836 estando de maestro de orquesta en Königsberg. Todos los contemporáneos hablan de la belleza y del talento teatral de esta mujer, de su amabilidad natural y de la incansable paciencia con que soportaba todas las vicisitudes de la carrera de su marido en Königsberg, Rigo, Londres, París y otra vez en Alemania; sin embargo, ella no comprendía las facultades de Wagner, no sabía acomodar sus deseos y esperanzas á la idea de favorecer las aspiraciones de su marido sin por esto tener motivo de sentirse culpable; parecía bastante ser esposa sumisa; elevarse con él á las altas cumbres de la gloria era superior á su fuerza y también á su voluntad, aunque no tenía conciencia de ello. Tal vez si hubiese llegado á ser madre se habría abierto su alma para una vida feliz de ternura y afectos. Tras un matrimonio de 25 años separáronse por fin y ella murió aislada en Dresde, en enero de 1866, cuando la estrella de Wagner principiaba á brillar más esplendente. Pero el maestro no había pasado por esta experiencia sin dejar rastro de ella en sus obras, pues en la Elsa del *Lohengrin* creemos ver rasgos de la resignación absoluta de María, si bien el enigma de la vida de aquel personaje parece tomado desde otro punto de vista.

Mucho antes de la muerte de María Planer, en aquella época relativamente corta de sus primeros resplandores, Ricardo Wagner había tropezado con otra mujer de índole distinta, de la que recibió un estímulo poderosísimo no tanto su corazón como su arte. Ya en la primavera de 1834, el joven maestro había admirado como á cantatriz dramática á Guillerma Schröder-Devrient, resucitando tal vez antiguos recuerdos de Dresde. Pero una impresión mucho más inmediata recibió de esta personalidad extraordinaria cuando ocho años más tarde, después del pasado episodio de París, Wagner pudo hacer estudiar y ejecutar su *Rienzi* en Dresde.

Pocos días antes de la primera representación de esta ópera la artista había cumplido 37 años; su exterior todavía tenía un encanto avasallador y el bien cultivado tesoro de su belleza física era realzado por la riqueza deslumbradora de su ingenio y la sublimidad plástica de sus movimientos. Todo lo que esta mujer cantaba y representaba recibía el sello de su poderoso genio, desde *El rey de los alisos*, de Franz Schubert, que en su boca producía un efecto mágico, hasta la *Eurianta*, en que el espíritu de Gluck se halla combinado con el de Wagner; todo lo refundía á su manera inspirándole vida nueva, y desde el momento que hizo de *Fidelio* lo que Beethoven había ideado, ya no había papeles propiamente dichos para los cantantes serios, sino tan sólo caracterizaciones dramáticas, pues ella introdujo el arte trágico de su madre Sofía en la ópera, que hasta entonces se había preocupado poco con la representación dramática, pero que desde aquella fecha quedaba elevada al rango de drama musical. Aunque no era un personaje femenino de Ricardo Wagner al que la artista aplicó su arte dramático, sin embargo el *Adriano* de Rienzi, representado por ella resultó una figura tan redondeada y llena de vida que el compositor vió delante de sí un modelo del ideal de su característica musical como había dormido en su alma esperando que fuera despertado. La última obra de la grande artista fué dar vida á las figuras de Venus, de Senta, imprimiendo así á las creaciones del maestro el certificado no solamente de su vitalidad escénica, sino también de su mérito artístico absoluto.

Desde entonces Ricardo Wagner había adquirido un método fijo de tecnicismo psicológico y musical para la representación de lo femenino. Encamina á sus figuras por senderos elevados y soberbios, de los que baja á la realidad histórica sólo una vez más en los *Poetas artesanos de Nurnberg*; pero aún en este caso forma el centro ese algo indefinido é indefinible que nos atrae en toda personalidad grande y que sin embargo no conseguimos analizar. Todo hombre que no es *dublé* continúa siendo un enigma para el psicólogo, y más aún la mujer con los delicados misterios de su vida anímica, problema tanto más difícil para el músico caracterizador, aunque como Ricardo Wagner posea al mismo tiempo inteligencia psicológica y experiencia social.

De lo que Gosche dice de Cósima Litz, no citaremos más que las palabras finales. «Cósima fué la mujer del hombre que á su lado fué enteramente feliz. En su compañía acabó el *Sigfrido*, creó el *Crepúsculo de los dioses* y el *Parsifal*; ella experimentó con él el triunfo más espléndido por sus obras y la vemos caminar con él por las alturas más luminosas del mundo de las ideas musicales, entendiéndolo todo y analizando con toda la sagacidad propia del sexo el carácter femenino más notable que el maestro ha creado, la *Kundry*, y hasta tomando una participación casi determinante en la configuración de todo el *Parsifal*. Por eso tiene derecho á lamentar la pérdida del finado con toda la energía de su grande alma.»

G. S.

PENSAMIENTOS DE MUJER.

Hay dos hechos culminantes imposibles de desconocer á poco que se reflexione y ame la verdad, son estos: la mujer *tiene* grande influencia social; La mujer *no tiene* virtudes sociales.

El amor de madre, tan puro y tan sublime á veces, como tiene tanto de apasionado é instintivo, si *no se ilumina mucho por la razón* y se contiene mucho por la idea del deber, es un poderoso elemento de desorden moral é injusticia.

La mujer de su casa es un ideal erróneo; señala el bien en donde no está. Corresponde á un concepto equivocado de perfección que es, *para todo*, progreso y se pretende que sea para ella, inmovilidad.

Los hombres en la medida que rebajan á las mujeres son rebajados por ellas, material, moral é intelectualmente. Si el americano no hubiese elevado (al menos relativamente) á la mujer, ella no habría podido *hacer la América*, como se ha dicho.

Se ha querido limitar la vida de la mujer física, moral é intelectual, de manera que no salga del hogar doméstico; sin ver que no era obra de *concentración* sino de *mutilación* la que se hacía, que de la criatura debilitada no podía salir la mujer fuerte, ni de la persona rebajada y empuñada la gran figura de la persona intachable y la madre modelo.

El régimen actual debilitando á la mujer física, moral é intelectualmente, la hace más desgraciada y menos útil á la sociedad y á la familia y es con frecuencia una víctima que en vez de redimir contribuye á inmolar á los que la sacrifican.

Extractados de un libro de

CONCEPCIÓN ARENAL.

D. NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

En otro lugar de nuestro periódico damos cabida á un precioso romance, que el malogrado poeta y director literario de esta ILUSTRACIÓN, D. Nicolás Díaz de Benjumea (q. e. p. d.) proyectaba poner en conocimiento de nuestras lectoras. Al cumplir sus propósitos, creemos dar un nuevo testimonio de cariño al amigo que hemos perdido, y no podemos menos de manifestar nuestra gratitud á la prensa que tan generalmente ha demostrado su pena y la justa estima en que tenía las relevantes dotes del finado, copiando los siguientes apuntes biográficos publicados en nuestro colega madrileño *El Día* y que no dudamos leerán con gusto nuestras suscriptoras.

«D. Nicolás Díaz de Benjumea y de Oya nació en Sevilla en 9 de marzo de 1829, y ha muerto en Barcelona el 8 del mismo mes del presente año.

Su vida fué siempre honrada, activa y consagrada al trabajo. Terminó con aprovechamiento la carrera de leyes, y comenzó muy pronto á darse á conocer como inteligente escritor.

La enumeración sola de las obras que deja dará idea de la inteligente ocupación de su vida.

Escribió los notables «Comentarios filosóficos del Don Quijote», de los cuales forman parte «La Estafeta de Urganda», «El Correo de Alquife», «El Mensaje de Merlín», «La verdad sobre el Quijote», «Novísima vida de Cervantes».

Las notas de la monumental obra del «Quijote», de Montaner y Simón, y una infinidad de manuscritos coleccionados y por coleccionar, sobre la inmortal obra de Cervantes.

La gran obra de «Costumbres del Universo», «El Solterón», «Catecismo filosófico» (en verso), «El Palmerín de Inglaterra».

Políticas: «La Mitología de la Revolución», «Gibraltar á España», «Cartilla para los electores», «Ingenio político de la nación española», «La cuestión del día».

Fundó y dirigió el periódico satírico *El Figaro*.

Fué director del *Museo Universal*, que precedió á *La Ilustración Española y Americana*.

Fundó y dirigió el periódico *La Unión*, primero que levantó en España la bandera monárquico-democrática.

Dirigió el periódico internacional de Londres *El Eco de Ambos Mundos*.

Entre sus poesías descuellan «El suplicio de los Comuneros», «Las dos reinas», «Tassara».

Deja varias comedias inéditas, entre ellas una en dos actos, titulada: «Lo que puede el buen humor ó las aguas de Vichy».

Colaboró en todas las revistas literarias de España, y al dejar de existir era director de la revista LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER.

Era abogado del ilustre colegio de Madrid, académico profesor de la de Jurisprudencia y Legislación, de la Real de Ciencias de Lisboa, condecorado con la encomienda de la Real orden portuguesa de Nuestro Señor Jesucristo y caballero de la ínclita y veneranda orden de San Juan de Jerusalén.

No puede darse una existencia más laboriosa; la modestia fué siempre compañera inseparable del apreciable escritor, y ella le impidió brillar en posiciones oficiales, de las que siempre huyó, engolfado en sus estudios y buscando existencia independiente con su pluma.

El nombre del Sr. Díaz de Benjumea, notable en las letras, lo es también en las artes que cultiva su hermano, el distinguido pintor, tan apreciado y conocido.

Vivir, trabajar, ilustrar con el fruto de su estudio y de su inteligencia á sus contemporáneos; ésta ha sido la misión de D. Nicolás Díaz de Benjumea.

No se podrá decir que ha sido estéril su paso por el mundo.

Los escritores y sus numerosos amigos de Barcelona han colocado sobre su tumba una corona de laureles y siemprevivas, la flor que no se marchita, como no se borrará nunca el recuerdo del que tanto y tan acertadamente trabajó.»

MISCELÁNEA.

Acaba de publicarse en París una obra titulada *Estudios sobre fines del siglo diez y ocho*.—La condesa *Paulina de Beaumont*, que debida á la pluma de M. A. Bardoux, da á conocer, en magnífico estilo, el retrato de la célebre escritora á quien dedicó Chateaubriand tan lisonjeros elogios en sus *Memorias de ultratumba*.

A pesar del lugar que en la citada obra le consagró el

que galopan ó presentar una rueda ó barca pintada para sustituir los coches y navegación. Pero lo que más llama la atención es que las mujeres no representan, pues sus papeles son desempeñados por hombres que, vestidos de mujer y calzados con microscópicos zapatos, vense obligados á andar de puntillas, efecto sumamente original, pues esto hace que en el teatro chino las mujeres aparezcan más altas que los hombres.

Conocida es la pasión de los ingleses por todo lo que es extraordinario y excéntrico, con lo cual parece que buscan armas contra el enemigo mortal que generalmente los avasalla, el *Spleen*. Sin duda con este móvil se le ha ocurrido al periódico de Londres, *Town Talk*, proponer á sus lectores le den su opinión designando cuál sea la mujer más bonita de Inglaterra para concederla un premio consistente en una soberbia alhaja.

Hasta hace pocos días, la duquesa de Teck era la que mayor número de votos había obtenido, pues se elevaban



LA MADRE, cuadro de V. Bouguereau.

reputado escritor, no se conocía bien á Mme. de Beaumont, y la obra de M. Bardoux ha venido á llenar un vacío haciendo patente á esta joven y estudiosa mujer, que en su corta vida dejó tan bien sentado su nombre en la república de las letras. Parte de sus obras, dedicadas á la infancia, han visto hace poco tiempo la luz en nuestra capital junto con los cuentos de Perrault.

En China las representaciones teatrales están desprovistas casi por completo de aparato escénico, lo que les obliga á recurrir á símbolos extraños para representar escenas de la vida real, ya que no presentan caballos, coches ni barcos, limitándose á levantar un pie para indicar

Hace poco tiempo hallose en Nimes un pavimento de mosaico de gran mérito, que tiene en su centro un cuadro representando una escena de la fábula de Alceste. Pegas, rey de Jolios, para librarse de los pretendientes de su hija la bella Alceste, que en gran número la solicitaban, declaró no concederla en matrimonio sino al que llegara en un carro tirado por animales feroces. Admete, rey de Pheres, amigo de Apolo, logró que este encadenase un león y un jabalí, que arrastraron su carro hasta la presencia de Pegas, que le concedió la mano de su hija.

Esta última escena es la que representa el mosaico, en los personajes principales del rey, la hija y su futuro.

á 1.498; después venía la condesa de Loudale con 1.168; y por último la princesa de Gales con 1.095 votos. Una de las bellezas reconocidas de este reino, miss Violeta Cameron, sólo ha obtenido 105 votos; otras señoras más ó menos conocidas, uno solo, que es de suponer sería el de su esposo ó el de su novio. La duquesa de Teck parece ser la llamada hasta la fecha á ganar el concurso; y en verdad que nada tendría de particular (según exclama uno de sus ciegos admiradores), pues es la mujer más bonita, no sólo del Reino-Unido, sino de las cinco partes del mundo.

BARCELONA:

Imprenta de Luis Tasso y Serra, Arco del Teatro, 21 y 23.
Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.



Correspondiente al núm. 21 de «La Ilustración de la Mujer»
Barcelona 1.º de Abril de 1884.

SUMARIO:

TEXTO: Revista de salones y modas, por Doña Josefa Pujol de Collado.— Explicación de los grabados.—París á vuela pluma, por Emma.—Un recuerdo de mis viajes (Continuación), por D.ª Esmeralda Cervantes.—Los cuadros, (Conclusión), por D. Cecilio Navarro.—El pecado de Magdalena, novela original de *** (Continuación).—Sección recreativa.

GRABADOS: 1 y 2. Trajes de paseo.—3. Traje con cuerpo semi-ajustado y chaleco.—4. Capota de primavera, de encaje.—5. Abanico, formando un bouquet de flores, para traje de baile y soirée.—6 y 7. Trajes de casa.—8 á 10. Trajes para niños de 5 á 6 años.—11 y 12. Trajes de paseo y de casa.—13. Sombrero de paja, de primavera.—14. Abanico con tira bordada de aplicación.—15. Matinée con cola.—16 y 17. Trajes de paseo, de prima-

vera.—18 á 23. Sombreros de paja.—24. Espalda del figurín n.º 15, publicado en el número anterior.—25. Cuerpo con chorrea de encaje, drapada.—26. Traje de soirée.—27. Delantero del n.º 6.—28. Cuerpo-chaqueta, guarnecido de encaje.

**REVISTA DE SALONES
Y MODAS.**

Los fotografías de la corte están de enhorabuena. Acuden continuamente á sus galerías las más bellas damas y los más apuestos donceles de la nobleza española, deseosos de ver reproducida en la mágica cartulina los preciosos trajes que lucieron durante el pasado Carnaval en los salones de Medinaceli y Fernán Núñez.

Para la reproducción de los cuadros al vivo ejecutados en el palacio de Medinaceli, ha sido preciso elegir la galería del señor Otero, único fotógrafo de la corte que la posee bastante grande para que puedan colocarse debidamente las figuras.

Desterrado el baile, adorables lectoras mías, por la severidad propia de la Cuaresma, no por eso la sociedad elegante deja de reunirse ámenudo con varios pretextos. Las grandes comidas se hallan en todo su apogeo: merece citarse, por lo espléndida y concurrida, la que dieron los condes de Santovenia en obsequio de sus hermanos los príncipes de Kotchoubey. Asistieron á ella los duques de la Torre, el general López Domínguez, la marquesa de Villamantilla, el marqués de Vinent y muchas otras linajudas damas cuyo nombre no recordamos.

Fué objeto de los elogios de los invitados el precioso servicio de mesa que los condes de Santovenia acababan de adquirir en París,



1 y 2.—Trajes de paseo.

que es en verdad elegante y rico.

La condesa de Berlanga, la baronesa de Goya Borrás y las señoras de Tucro, Lasquetty, Calderón y Ruata, han reanudado con general contento sus reuniones vespertinas, suprimiendo no obstante como es de rigor el baile y el the. Los lunes por la noche reciben los condes de Casa Valencia, los martes los condes del Asalto, los miércoles los marqueses de la Torrecilla y los jueves la simpática baronesa des Michels, de suerte que á pesar de la carencia de bailes no deja de reinar encantadora animación en los altos círculos madrileños.

A la comida dada por la legación de Alemania, há pocos días concurrieron distinguidas damas y conocidos diplomáticos, el ministro de Estado además, señor marqués del Pazo de la Merced con su señora, y el subsecretario Sr. Ferrán.

El Sr. conde de Solms, obsequió á sus convidados con la esplendidez que le es propia, y á las once de la noche varios de los concurrentes se trasladaron al precioso hôtel de los condes de Casa Valencia donde había espléndido banquete y agradable reunión.

Las crónicas de salones en Cuaresma, queridas lectoras, deben ser por precisión breves y lánguidas, en primer lugar por la falta de asuntos verdaderamente notables que tratar, y además por disponer el ánimo á la contemplación y recogimiento propios de la época que atravesamos.

Y no se entristezcan por ello aquellas de nuestras lectoras dotadas de un carácter bullicioso y expansivo; nada es durable en este mundo de transición, y pronto acabará la Cuaresma como acabó el Carnaval, dejando libre el campo á las diversiones, á los bailes y á los conciertos, donde la gente joven cree hallar su elemento, y donde los viejos recuerdan con melancólica sonrisa aquella época venturosa de su juventud durante la cual sólo veían en el mundo, en la sociedad, en los individuos que la componen, un conjunto de cosas buenas y bellas.

¡Ay! el telescopio no es siempre el mismo; en la aurora de la vida las ilusiones desarrollan ante nuestros ojos panoramas llenos de luz y ventura; en el tristísimo ocaso de la existencia, el paisaje se cubre de nieve como nuestra cabeza y los cansados ojos sólo perciben sombras en derredor.

Aprovechemos el interregno actual para hablar algo de modas y de modas primaverales.

Las frecuentes visitas á los templos exigen nuevos modelos en los severos trajes negros, y las visitas que esta época del año menudean más de lo acostumbrado, también requieren que la mujer verdaderamente elegante ponga de relieve su buen gusto. El brochado negro, la faya, el terciopelo liso ó rayado sirven á maravilla para estos casos y hemos visto de ellos magníficos modelos. Uno nos ha llamado particularmente la atención; compuesto de terciopelo y faya negra, á la terminación de cuya falda se ostentaba un alto volante plegado á trechos de las dos combinaciones citadas, con delantal de terciopelo terminando en almenas, constituía el delantero y *puf* no muy voluminoso, sin olvidar el cuerpo de peto adornado con lazos y presillas de acero, hoy tan en boga, le completaban, ofreciéndose á la consideración como uno de los modelos más elegantísimos para Semana Santa.

En vestidos primaverales predominan las lanas sicilianas, y sabemos de algunas modistas que están confeccionando á toda prisa varios trajes de lana en gris y *solitario*. El *solitario* es un color de moda, especie de gris azulado, que produce admirable efecto, y se llevará mucho esta primavera. De faya azul marino, y con destino á la bella baronesa de B., hemos visto un traje primaveral lindísimo, compuesto de falda plegada, larga túnica recogida á un lado, cuerpo de peto con hombreras, capota bullonada con plumas blancas y encaje blanco al rededor del cuello y mangas.

Las ligeras manteletas sustituyen ya á los abrigos de invierno, y las telas indicadas para esa graciosísima prenda del atavío femenino son el brochado, el otomano y la granadina floreada.

En resumen, queridas lectoras mías, la primavera se inaugura con bellísimos modelos, y gran variedad de telas; creemos que por esta vez la diosa moda no incurrirá en ninguna de aquellas exágeraciones que en no remotos tiempos en vez de favorecer desvirtuaban la dulce belleza de la mujer; lo repetimos, los modelos de temporada son elegantes y graciosos, propios de esta armónica estación del año en que todo sonrío, todo es bello y el ánimo se halla predisposto más que nunca á ver la vida bajo su aspecto de color de rosa.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 22 Marzo 1884.

EXPLICACIÓN DE GRABADOS.

1 y 2.—Trajes de paseo.

1. Vestido de otomana granate, guarnecido de pequeños volantes acanelonados: *pelisse odeta* de cachemir de la India, guarnecido por delante de bandas de raso granate: el mismo adorno en las mangas y en el cuello: pequeña capota de grano de seda granate, con fondo bullonado y adornada de plumas color azufre: tres órdenes de pequeños *cequies* dorados adornan el ala y el *babolé*: bridas de grano de seda granate.

2 Redingotte de otomana, faya, ó de raso color bronce, guarnecida de botones de acero fino y de alamares de acero también, y seda. Sombrero redondo de fieltro gris acero, adornado de un pájaro blanco y plumas grises sombreadas.

3. Traje con cuerpo semi-ajustado y chaleco.—La falda de este elegante traje se hace con *draperie* de lana ó de seda, y el cuerpo, de color oscuro, se hace con vueltas claras: el chaleco, la guarnición de las mangas y las solapas se hacen de raso que case con el color del vestido. Cordones de seda y lana sujetan en la cadera derecha el recogido de la *draperie*.

4. Capota de primavera, de encaje.—Esta capota nos indica ya la moda de verano: su forma es alta y ancha, cubierta de encaje perlado de azabache negro: el ala va guarnecida de una diadema de rosas muy abiertas, sobre la cual van atravesados lazos de terciopelo granate: bridas de encaje de 70 centímetros de largo y 10 centímetros de ancho.

5. Abanico, formando un bouquet de flores, para traje de baile y soirée.—Este abanico, que se hace de raso con rico puño de marfil ó de madera tallada, va cubierto de flores y hojas de geráneo, sujetas con una rica cinta de raso.

6 y 7.—Trajes de casa.

6. Traje con cuerpo abrochado oblicuamente.—Este traje se hace de cachemir; el cuerpo, como lo demuestra nuestro modelo número 27, va abrochado oblicuamente. La falda, redonda, de seda ó lana, va adornada de vieses, y la túnica, drapeada, va abierta en el costado, á fin de que el delantero se recoja y el paño de atrás caiga derecho. Esta manera de recoger la túnica es muy elegante: el *puf*, muy ancho, cortado á hilo y cosido á la cintura con pliegues anchos, que caen hasta casi el borde de la falda: este *puf* cae cuadrado del lado derecho y recogido del izquierdo: pasamanería en la aldeta de la chaqueta y por delante en el cuerpo.

7. Matinée elegante.—Esta *matinée* se puede hacer de cachemira, de seda lisa ó de realce; de tela ligera de verano, de lana, algodón, ó como nuestro modelo, de seda con dibujos de realce: va adornada en el borde de un escarolado de encaje y seda; abierta desde el cuello, dejando ver un *coquille* de encaje. Rica gola de encaje en el cuello y las mangas: lazos de terciopelo que resalten con la *matinée*.

8 á 10.—Trajes para niños de 5 á 6 años.

8. Traje de tricot para niño pequeño.—El cuerpo, largo, es de *tricot* azul y termina por tres pliegues cosidos, sobre los que se pone una orejeta pequeña de 9 centímetros de largo. La falda rayada, de tricot, azul y blanca, tiene 20 centímetros de alto y 150 de ancho, va cosida á pliegues anchos, cuello vuelto marinero, guarnecido de trencillas blancas: el cuerpo interior es de la misma tela que la falda.

9. Traje escotado para niño.—Se hace con el forro, ajustado al cuerpo y la tela bullonada, con cinco bullones en el pecho, adornada de un volantito en el escote, de raso. Los bullones se repiten más abajo de la cintura, dejando una falda de 16 centímetros de alto. Lazos de raso y mangas cortas bullonadas.

10. Delantal plegado para niña pequeña.—Nuestro modelo es de rasete azul, adornado por debajo de una tira bordada de encarnado: la charretera va formada por una tira doble muy estrecha bordada y que se abrocha por detrás. Este delantal, por delante, va fruncido en tres partes, cuyos fruncidos tienen 10 centímetros de ancho y van colocados á 11 centímetros de distancia unos de otros: dos cintas de seda cosidas en las costuras de los costados cierran el delantal por detrás.

11 y 12.—Trajes de paseo y de casa.

11. Traje de paseo.—El delantero de la falda corta se compone de paños largos de damasco de seda y que tienen 15 centímetros de ancho cada uno. Entre estos paños van colocados plegados en forma de abanico y adornados de ricos pompones de seda. La túnica delantal tiene 100 centímetros de largo y 95 de ancho. Va drapeada muy corta y acaba bajo la cola y sujeta al cuerpo. La cola tiene 150 centímetros de ancho y 120 de largo, drapeada por medio de pliegues y sujeta por varios puntos que la levantan para formar cocas. El borde de la falda lleva un volante de 38 centímetros de alto. Cuerpo con solapas y cuello alto de damasco de seda: mangas guarnecidas de encaje, y fichú Molière, sujeto por un broche en el cuello y con otro á la cintura.

12. Traje de casa con puf plegado.—El traje de nuestro grabado número 12 está hecho de tafetán tornasolado, con guarnición de terciopelo amaranto: el plegado del borde de la falda tiene 16 centímetros de alto, y la falda, cortada en almenas dobles, tiene 3 centímetros de ancho sobre 24 de alto. La túnica forma por delante doble bullonado hecho á pliegues, y la cola, plegada á lo largo, cae hasta el borde de la falda: el cuerpo, alto, forma blusa por delante y va sujeto por medio de una *cintura Médicis*: por detrás la aldeta del cuerpo tiene 12 centímetros de alto: es muy ancha y se pliega como la cola. Cuello marinero de terciopelo como las vueltas de las mangas.

13. Sombrero de paja de primavera.—El fondo de esta capota es de paja negra: por detrás bien levantado para dejar ver el peinado: por delante se adorna con un ancho bullonado de terciopelo granate que se coloca muy pegado, y una diadema de geráneos de diferentes colores desde el rosa pálido al rojo oscuro. Ramito de geráneos con hojas sobre el ala á la derecha, bridas anchas de terciopelo granate. Velo color rosa vivo con lunares de terciopelo.

14. Abanico con tira bordada, de aplicación.—En todas las tiendas de objetos de señora se encuentran estos abanicos, formados de una hoja de palmera, sostenida por un ligero *bambú*, cosido con hilo de *aloes*. Estos abanicos tienen generalmente de 20 á 30 centímetros de altos y de 25 á 35 de anchos. Nuestro modelo va adornado con una tira de seda blanca, sobre la cual se podrá

bordar, con sedas de colores, una guirnalda de flores, ó se pintará á la acuarela ó á la aguada, dicha guirnalda, formando media corona. Se forra todo el abanico de raso y con goma se puede pegar al rededor cordón de seda y oro. El mango es de laca y el lazo es de raso de un color que case con las flores.

15. Matinée con cola.—La que nos sirve de modelo está hecha de cachemir azul claro y terciopelo amaranto oscuro y cortada sobre el patrón de un vestido Princesa. El adorno del cuello, de las mangas, bolsillos y el delantero de la falda son de terciopelo. La falda se guarnece con dos volantes con cabezas bullonadas, de 20 centímetros de altos. La chorrera es de encaje y va adornada de lazos de terciopelo lo mismo que el cinturón, que se ata por delante. Esta *matinée* se cierra hasta abajo por elegantes botones.

16 y 17.—Trajes de paseo, de primavera.

16. Traje con pelisse.—Nuestro número 16 demuestra la hechura del delantero de esta *pelisse* de primavera: la manga dormán se hace muy larga. Nuestro modelo es de cachemira forrada de seda ligera y elegantemente adornada de encaje español de 14 centímetros de ancho. La cabeza del encaje va cubierta con un galón de perlas de acero ó de azabache.

17. Traje con draperie corta.—Este traje es de lana muy fina, sembrado de flores bordadas en seda *al pasado*: la falda se pliega de alto á bajo y la *draperie* es corta y levantada hacia detrás sobre el *puf* ancho, sostenida con lazos flotantes de cinta estrecha: estos lazos van á los dos lados igual. El cuerpo, corto por delante, forma por detrás chaqueta cuadrada y hecha con pliegues anchos. Un cinturón de seda que sale de los costados de la chaqueta, cierra por delante con un rico broche de plata.

18 á 23.—Sombreros de niños.

18. Capota para niña.—El ala bien redonda y levantada, de paja oscura, forrada de seda de un color claro: la copa y el *babolé* son también de seda clara y van forradas de gasa de armar y cosidas por medio de pliegues ó de fruncidos: guarniciones y bridas de cinta de terciopelo estrecha. Lazo de cinta en la cabeza, dentro del ala.

19. Toca tejida á la mano para niño.—Se puede hacer perfectamente una gorra de viaje para hombre. La tira que rodea la cabeza tiene que tener 50 centímetros de largo por 17 de ancho. Se forra de seda lijera y se adorna de un pompón de lana y seda.

20. Sombrero redondo de forma alta, para niña.—El borde es de terciopelo y forma por detrás un borde que tiene un parecido con la *casquette* Luis XI. Es de paja gris claro, adornado de un vies *drapé* y de un lazo de terciopelo, un tono más oscuro que la paja. Grupo de plumas gris plateado de diversos tonos.

21. Sombrero redondo, de fieltro, forma ancha, para niña.—Esta forma de sombrero, que tiene algún parecido con los sombreros hongos de los hombres, se hacen lo mismo para niños que para niñas. La copa se rodea de una cinta ancha de terciopelo atada en el costado y sujetando dos alas de faisán ó de loro.

22. Sombrero marinero para niños.—El casco de este sombrero tiene 9 centímetros de alto y es de paja roja y blanca mezclada con otra más estrecha verde oscura. La copa se guarnece con una cinta de *reps* granate, con un bonito lazo en el costado izquierdo.

23. Sombrero redondo de borde retorcido, para niña.—Es de paja azul oscuro: el ala se rodea de un bullón de terciopelo del mismo color, guarnecido de una roseta de terciopelo y de 3 plumas azules y blancas.

24. Espalda del figurín n.º 15, publicado en el número anterior.

25. Cuerpo con chorrera de encaje, drapeada.—Este modelo es muy sencillo y no ofrece ninguna dificultad para su confección. Se hace de una tira de tul de encaje de 54 centímetros de largo y 35 de ancho, rodeada por un lado de un encaje cosido al tul y fruncido después. Se pliega esta tira de modo que forme un ancho de 5 centímetros de cabeza: estos pliegues se sujetan al cuello por medio de una flor, un broche ó un lazo. Desde el cuello se ensancha hasta 10 centímetros y se sujeta á la cintura con una flor ó un broche.

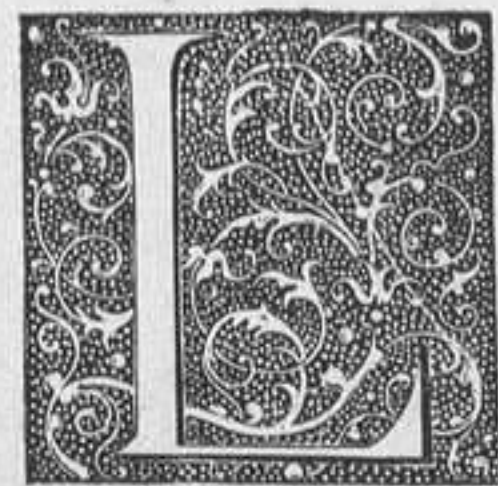
26. Traje de soirée.—Falda redonda de seda rosa pálido, sembrada de ramos de flores bordados de seda blanca y oro. El borde de esta falda lleva dos pequeños volantes plegados, de raso rosa. La falda va plegada con anchos pliegues de arriba á abajo, y como un palmo antes del borde, sale por enmedio de cada pliegue un rizado de encaje en espiral. Cuerpo y cola de terciopelo ó de raso rosa fuerte, ó, si se quiere, rojo. Cuatro pabellones de rico encaje de *chantilly*, van colocados de cadera á cadera, sujetos por lazos de raso rosa pálido, siendo, como lo demuestra nuestro modelo, el lazo del pico de adelante, largo y flotante. Un *coquille* de encaje, adorna el cuerpo desde el cuello hasta el lazo del peto: mangas adornadas del mismo encaje, con lazos de la misma cinta, rosa pálido, al igual del cuello.

27. Delantero del n.º 6.

28. Cuerpo-chaqueta, guarnecido de encaje.—La camiseta interior se hace de gasa de seda, sobre tul de armar, y forma de blusa; debe tener 32 centímetros de largo por 9 de ancho en el cuello y 12 en la cintura; de esta manera forma un ancho bullonado sujeto por una cinta de raso. El cuerpo-torero, se guarnece de un encaje fruncido, de 8 centímetros de ancho, y las mangas, que no llegan más que hasta el codo, llevan un rizado doble de encaje, y se hacen de encajes cosidos uno sobre otro. Ramo

de rosas en el pecho. La tela de la *Torera* y del vestido es de seda *amaranto* con grupitos de flores de terciopelo del mismo color, más oscuro.

PARÍS Á VUELA PLUMA.



La estancia en esta capital de la reina de Tahiti, ha sido el tema favorito de los parisienses durante gran parte del mes. Hospedábase en el hôtel de Lille bajo el nombre de Madame Salmón, que le perteneció de soltera, y cambió al contraer matrimonio con Ariané Pomaré V por el de Marahu Taaora Tepan Salmón, reina de Tahiti y de las Islas de la Sociedad. Es de figura esbelta, talle breve, dulce fisonomía, cabellos negros cual ébano, nariz aguileña, dientes como el marfil y tez ligeramente acitunada; viste con sencillez y sin joya alguna.

Es hija de un colono inglés en Australia y de la reina de Papara, Arutaimai Vahiné; se educó en Sidney, casándose á la edad de 15 años, en cuya unión no ha sido feliz, y ha vivido retirada en Papeete, mostrándose sólo en las ceremonias oficiales.

Habla varias lenguas y es entusiasta por la música, pagando sus gastos casi exclusivamente con la renta que le pasa Francia por el protectorado que ejerce sobre el reino de Tahiti.

Dícese que la reina Marahu publicará al volver á su reino las impresiones de su viaje á Europa.

En competencia con la reina Marahu está llamando la atención el célebre tenor Gayarre, que hace las delicias de nuestro público. Poco es cuanto pueda decir á mis caras lectoras acerca del entusiasmo que ha ocasionado Gayarre, al par que la Cepeda, y sólo les anunciaré que se cree cantará en la Opera por un elevado precio. En el Hôtel del Figaro diósele una espléndida fiesta en su honor, y tarea espinosa sería referir la serie de triunfos que ha obtenido elevándole, según expresión autorizada, al nivel del inmortal Mario.

Pasando de la curiosidad al arte y de este á la ciencia, ó sea después de la Marahu y Gayarre al Museo de Historia Natural, en él se ha instalado una magnífica exposición con los productos que tanto el mar como la industria han producido durante las expediciones científicas de los buques *Travailleur* y *Talisman*.

La comisión de dragajes en vista del buen éxito obtenido por el primer buque, logró la expedición del segundo, que contando con más valiosos elementos, ha conquistado para la historia natural un sin número de curiosas y exóticas especies que pueblan los grandes fondos del Océano y habían hasta ahora permanecido desconocidas. Ingeniosos artificios y dragas distintas han sido empleadas para lograr estos resultados, debidos al gran celo de la comisión.

Aproximase el momento de abrir el *Salón* y los aficionados danse prisa á visitar los talleres para juzgar de antemano de las probabilidades de éxito. Los artistas por su parte apresúranse á terminar sus obras para poderlas presentar á tiempo en ese gran palenque, en el cual puede seguirse paso á paso la historia del arte tanto en su conjunto como en la personalidad de los artistas. Cítanse un número extraordinario de nombres cuyas obras figurarán en el *Salón*, y el que no anticipamos á nuestras lectoras por no molestarlas inútilmente.

El ejército está de luto por las pérdidas que en poco tiempo ha sufrido. Primeramente el general Schramm, decano del ejército francés, fallecido á la edad de 95 años. Natural de Arras, Schramm sirvió en los ejércitos de Napoleón, batallando en Austerlitz, Dantzig, Wagram, España, Rusia y Dresde, en cuya acción fué nombrado general de brigada á los 24 años. Estuvo después en Bélgica, Argelia, continuando luego de cuartel, pues que su edad no le permitió tomar parte activa contra Prusia.

Otra pérdida ha sido la del general Wimpfen, que adquirió casi todos sus empleos en Argelia, en cuyo país permaneció largo tiempo. Estuvo en Sebastopol, en donde fué nombrado general, pasando después á

Italia y allí contribuyó á la victoria de Magenta. Su celebridad proviene de haber firmado la capitulación de Sedán como oficial general de superior categoría, cuyo acto inspiró vivas controversias á su regreso á Francia de vuelta de su prisión.

El general Borel ha fallecido á 65 años de edad, después de tomar parte en gran número de campañas y ocuparse desde el ministerio que desempeñó en 1877 en procurar la organización y mejora del ejército francés.

Las ciencias están asimismo de luto por la pérdida del conde de Moncel. Aunque aficionado á las artes, como lo prueba su obra *de Venecia á Constantinopla por Grecia*, dedicose más especialmente á las ciencias puras y en ellas á la electricidad, en cuyo ramo inventó aparatos de gran importancia. Deja además profundos escritos y memorias sobre los adelantos eléctricos.

En el campo de las artes lamentamos á M. Augusto Bonheur, hermano de Mlle. Rosa, la notable pintora. Deja varios lienzos sumamente apreciados que le valieron distintas medallas en las Exposiciones. Otro pintor de talento, M. Ulmon, ha fallecido también. Uno de sus mejores cuadros es el de *Prusianos saqueando una alquería*.

Poco es lo que puedo relatar á mis lectoras respecto á teatros, pues la cuaresma no ha sido muy feliz.

No obstante, se estrenó *Claude Gueux* en el teatro Beaumarchais, sacado el argumento de una novela de Victor Hugo, de quien se dice tenía ya preparado otro drama sobre el mismo asunto. M. Gadot-Rollo, autor de la obra, hace en ella una apología del obrero parisién, sosteniendo en el decurso de la obra una lucha de sentimientos que mantiene en viva expectación al público.

En el teatro «Opera-populaire» se ha puesto en escena *Roman d'un jour*, de MM. Masson y Laffrique y música de M. Anthiome. La obra no ha causado gran entusiasmo, siendo regularmente interpretada, pero el aparato escénico ha sido pobre, sobre todo en consideración á los treinta mil francos mensuales que tiene el teatro de subvención.

La moda permanece algo indecisa en la transición de invierno á primavera; así es que hácese muchas conjeturas acerca de lo que regirá en la próxima estación.

Ahora priva la ropa negra que se adorna con puntas del mismo color; hácese para estos trajes dos cuerpos, uno cerrado para calle y visita, y otro escotado para reuniones. Para soirées, las jóvenes gastan trajes blancos y cortos de muselina ó gasa, dispuestos para que se puedan aprovechar en verano.

La cola comienza á usarse, pero sólo para las señoras de edad.

Para media toilette están en boga las lanas y sedas ligeras, usando la polonesa con mangas ligeramente adornadas. Los sombreros varían poco, siendo la capota el preferido por las damas de esquisito gusto, usando el color rojo geráneo, guarnecido con joyas fantasía en vez de pájaros, cuya moda ha sido abandonada por completo.

Como abrigo, los chales de cachemira son casi usados únicamente, así es que se llevan al salir en coche, viaje, paseo y visita.

EMMA.

UN RECUERDO DE MIS VIAJES.

SUBIDA AL TEIDE.

(Continuación).



las ocho de la mañana del siguiente día, 20 cabalgaduras con sus mozos á pié, y el guía Ignacio, formaban delante del hôtel el cuadro más pintoresco que imaginarse pueda, por la diversidad de trajes y la animación de nuestra comitiva.

Precauidos contra los ardorosos rayos del sol que, no teniendo consideración á la frescura de nuestra tez, nos herían desde el horizonte sin que velo alguno nos defendiera, que tan benéficos nos hubieran sido, y contrastando con el riguroso frío que habíamos de pasar en la siguiente noche, la caravana se puso en marcha con Ignacio de vanguardia.

Por camino torcido y pedregoso llegamos al pié del monte de los castaños, y confesaré que jamás espectáculo más grandioso se presentó á mi vista. Cuantas maravillas ostenta la naturaleza, las ví allí reunidas: árboles de todos los climas, flores de perfumado aroma, plantas cuyas largas hojas ocultaban los plateados hilos de pequeños arroyos que refrescaban una sin igual vejetación. Pájaros de mil colores producían con sus trinos y cadencias, en el valle, la armonía divina de la naturaleza, y bien se puede asegurar que estaba Homero en lo cierto cuando dijo que la mansión de los buenos, en los fabulosos Campos Eliseos, se hallaba situada en el valle de la Orotava. Laureles, castaños, mirtos, hierbas, gramas y abrezos se reunían en amigable consorcio, formando bóvedas deliciosas y alfombras de ricos colores que con dolor veía holladas por mi brioso alazán.

Serían las once cuando llegamos á la estancia llamada «Pino del Dornajito», á 1,040 piés sobre el nivel del mar y desde donde se descubren las altísimas montañas que sirven de pedestal al Teide, cubiertas de elevadísimos árboles y entre ellos el Drago, gigantesco anciano de la Isla, que es considerado entre los seres vegetales como el que más vive.

Siguiendo nuestro camino, á través de escarpadas rocas, bien entonando baladas catalanas de mi amigo Guañabens, bien cantos árabes que en mal hora llaman hoy flamencos, por haber desvirtuado su origen, triste y melancólico, malos tañedores de guitarra que sin orden ni compás destrozaban esas melodías soñadoras, llegamos á la región de los helechos, en donde ví una inmensa variedad de plantas de esta familia, ya confundiendo sus verdes hojas con los castaños, ya raquíticas y rastreras al dejar las zonas vegetales para entrar en el monte de lava en donde desaparece por completo la vida vejetal. En esta zona, á mayor altura que las nubes, estas, amontonándose á nuestros piés, nos ocultaron el valle, la Isla toda, y sólo descubrimos el pico del volcán que parecía alejarse más, cuanto más á él nos acercábamos.

El polvo que levantaban nuestras caballerías al hundirse en la piedra pómez de que está formado el terreno, nos hacía difícil la respiración, siendo necesario refrescarnos á menudo con frutas y bebidas que nos ofrecían los mozos.

En este soto crecen retamas de ocho y hasta diez piés de altura, así como el tagasaste, arbusto que debiera aclimatarse en España (1). Al terminar esta inmensa llanura llegamos al pié del monte llamado «Montón de trigo», en atención á su figura y á su piedra pómez menudísima. Enormes peñascos de mineral de hierro, sonoros al golpe de nuestras lanzas, arrojados por erupciones antiquísimas y esparcidos de trecho en trecho, quitan la monotonía á ese llano ceniciento.

A las seis de la tarde nos detuvimos en la Estancia de los ingleses, en cuyo punto se hace alto bajo una gruta formada por rocas colosales. Fiambres, frutas, conservas, todo esto rociado con vinos dulces y espumosos, á falta de agua que no debíamos encontrar hasta la gruta del hielo, fué nuestra opípara comida.

Una hora después el guía nos hizo abandonar el descanso y emprender de nuevo la peligrosa ascensión en medio de un silencio sepulcral por un terreno árido y resbaladizo en forma de zigzag que el instinto de las caballerías que montábamos supo vencer, y al cabo de tres horas mortales, cogidos siempre de las crines de los caballos, nuestras cabezas sobre las suyas, cerrados los ojos sin tener valor para dirigir la vista al camino por temor al vértigo, llegamos rendidos de cansancio, helados de frío y muertos de hambre á la plazuela llamada «Alta Villa».

(1) El tagasaste crece espontáneamente en la isla de la Palma; apropiado para forraje, ha dado la práctica por resultado que los animales que con ello se alimentan, se ponen en un estado de nutrición que no se obtiene con otro alimento alguno. Sus raíces son tan fuertes y profundas, que se debe considerar como una de esas plantas desorganizadoras del suelo, que lo mejoran con sus despojos, lo dividen y van á buscar sus jugos en las capas inferiores, conservando frescura y lozanía para proporcionar forraje verde en la estación calurosa.

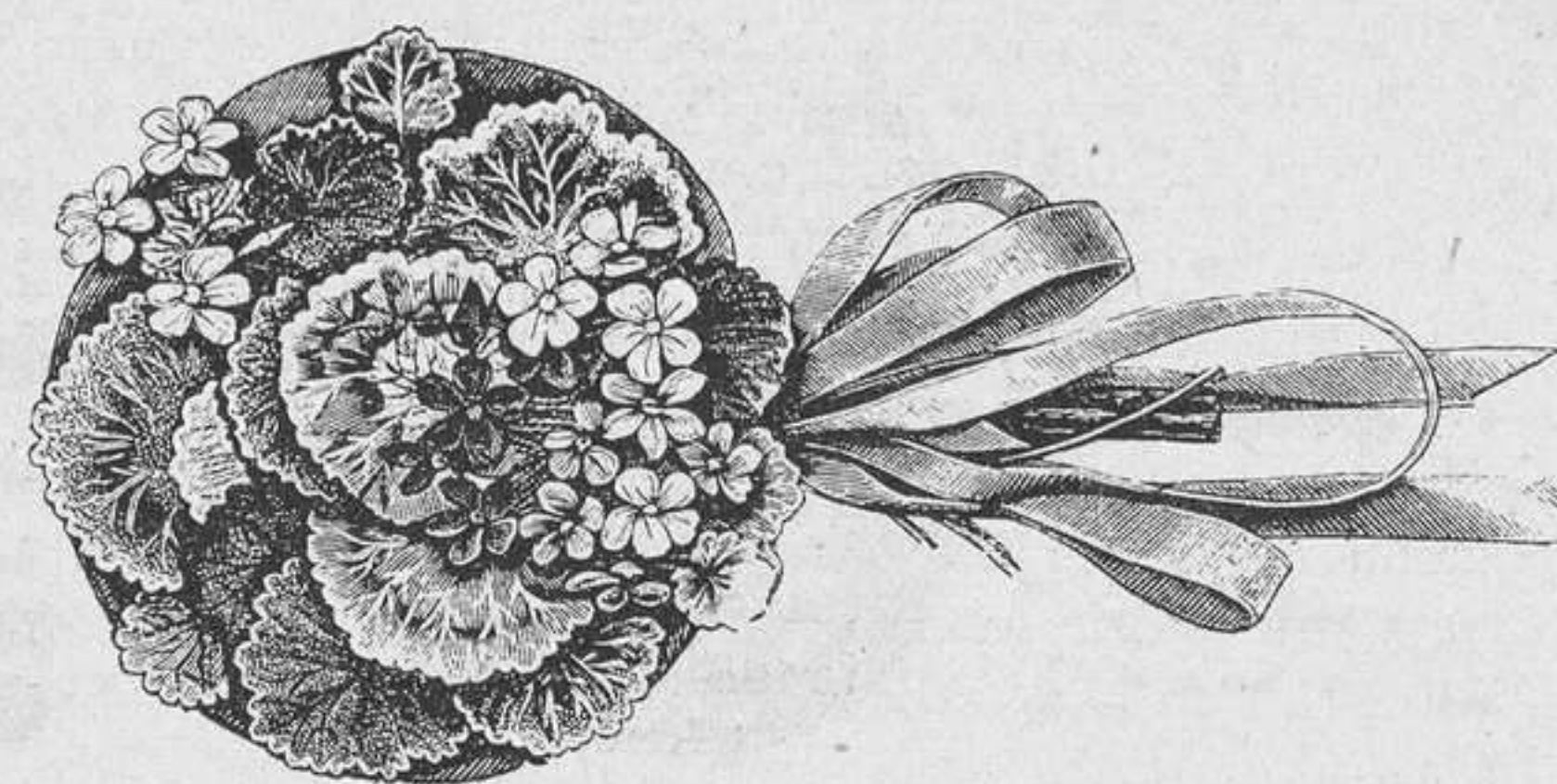
Su leña es de excelente calidad y su madera buena para construcción. Alimentadas unas yeguas criando sus potros con tagasaste y otras en iguales circunstancias con pastos ordinarios, las nutridas con el tagasaste han sido mucho más corpulentas y su piel más brillante y fina, debido á la parte aceitosa del follaje, que contiene un principio de hidro-carbonato volátil, por lo que creo debiera ensayarse su cultivo en España.



3.—Traje con cuerpo semi-jaustado y chaleco.



4.—Capota de primavera, de encaje.



5.—Abanico formando un bouquet de flores, para traje de baile y soirée.



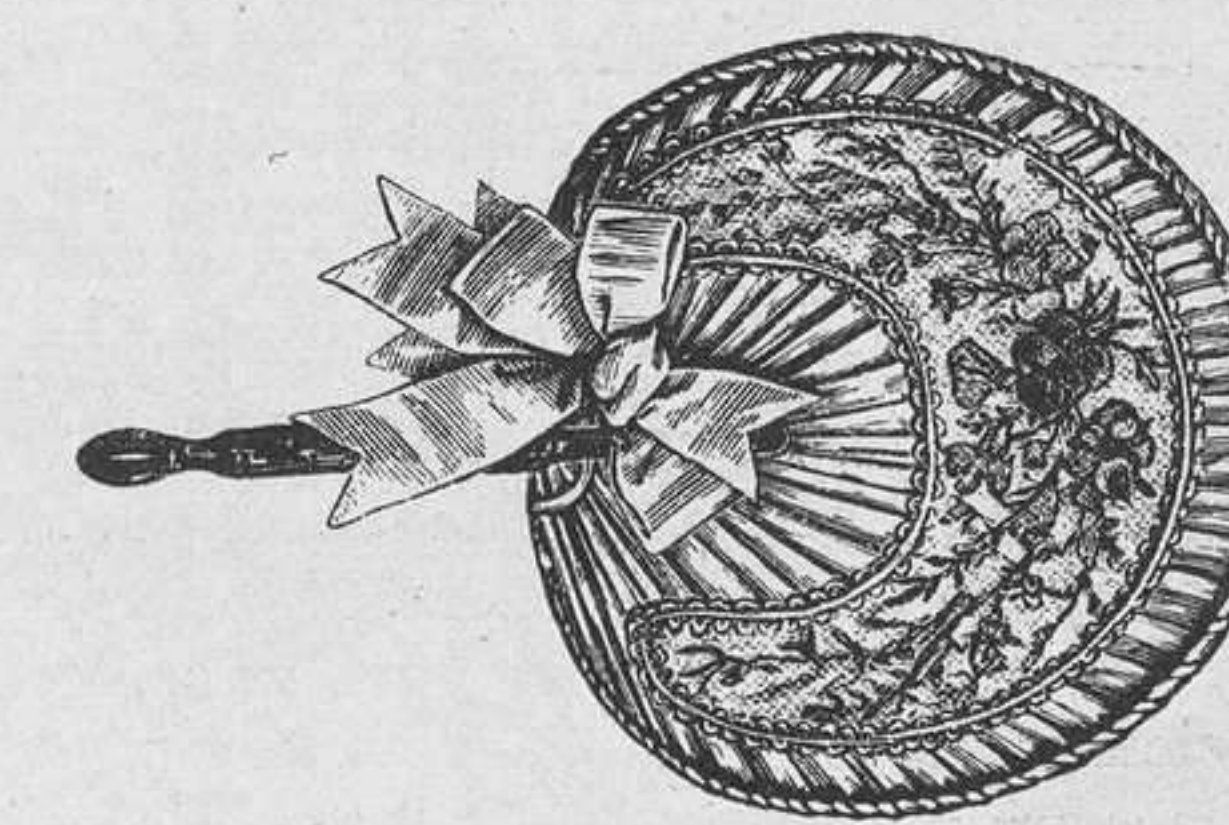
8 á 10.—Trajes para niños de 5 á 6 años.



13.—Sombrero de paja, de primavera.



15.—Matinée con cola.



14.—Abanico con tira bordada de aplicación.



6 y 7.—Trajes de casa.



11 y 12.—Trajes de paseo y de casa.



16 y 17.—Trajes de paseo, de primavera.

Nuestros guías encendieron teas, descargaron las caballerías, mientras Salas, Quintero, Díaz y Benedicto colocaban mantas á la altura de un metro, sostenidas por nuestras lanzas, y bajo aquella fantástica tienda de campaña, envuelta en el humo nauseabundo de la resina, tratamos de descansar.

Mamá como cocinera nos hizo un arroz con pollo tan exquisito que puso en evidencia sus altos conocimientos en el arte culinario, pero nuestra fatiga era tan grande, el mareo producido por la atmósfera tan elevada nos daba tal malestar, que sólo deseábamos reposo. La regia comida preparada para ese momento fué saboreada por los mozos de á pié, que acostumbrados á aquellas fatigas ni compasión nos tenían.

Jamás caverna de ladrones pudo parecerse á la nuestra: sucios, fatigados, echados en el suelo, envuelto cada uno en su abrigo y en mantas que por precaución al frío los mozos habían traído, la luz de las hogueras, las risas y canciones de aquellos y el relincho de los caballos, formaban un cuadro digno de ser descrito por nuestro cronista.

A las dos de la madrugada nos anunció Ignacio que debíamos levantar el campo y proseguir nuestra subida. Mamá no pudo continuar, Quintero tampoco, ambos atacados de vértigos continuos; los demás, empuñando nuestras lanzas y nuestro valor á dos manos, emprendimos la marcha á pié, con el estómago caliente con buen caldo y mejor vino, atravesando unos terrenos que con justicia los indígenas llaman «Mal País», compuesto de fragmentos de materias arrojadas por el volcán en forma de grandes rocas movilizadas. La oscuridad de la noche y la violencia del viento norte, nos exponía á cada momento á los mayores peligros. Grietas profundas, peñascos altísimos nos obstruían el camino, y nuestras lanzas se hundían á menudo entre las rajadas del terreno, quedándonos hundidos sobre horribles precipicios, y debo confesar que si salvé tanto peligro lo debo á Juan García que me sostenía y animaba con exposición de su vida.

Salas soplaba como el Dios de las tempestades; Cabrera dirigía la vista al cielo pidiendo inspiración para el brindis que desde lo alto del Teide tenía que dirigirnos é inmortalizarle, inseparable de su paraguas siempre abierto, precaviéndole de la humedad de la noche como de los rayos del sol.

Estébanez, caviloso, formaba planes para organizar una república modelo que uniese á todos los hombres con lazo fraternal.

Díaz acariciaba las cuentas de su rosario, y mi buen amigo Vallés desapareció en un precipicio, temiéndolos, por un momento, que se quedaba sin su querido director la sociedad filarmónica de Gran Canaria.

Dos horas larguísimas pasamos para atravesar ese «Mal País», que termina en La Rambleta, desde donde se alza el pan de azúcar ó el cono del volcán.

La subida aún más dolorosa era la que nos quedaba por vencer, compuesta de cenizas y escoria de lava, tan menuda y resbaladiza, que en cada paso que adelantábamos nos escurriamos y hundíamos hasta la rodilla. Por fin á las seis de la mañana llegamos á la cúspide del Teide.

El frío era intenso, el viento soplaba con tal violencia que, á no tenernos todos cogidos de la mano, es probable hubiéramos rodado por algún despeñadero. Estábamos á 3,760 metros ó centímetros sobre el nivel del mar, descubriendo nuestra vista hasta 250 leguas de horizonte. Las islas Gran Canaria, Fuerte Ventura y Lanzarote por un lado, las del Hierro, la Gomera y la Palma por el opuesto, señalándome los guías la de San Balandrán, que su imaginación creía distinguir.

ESMERALDA CERVANTES.

(Se continuará.)

LOS CUADROS.

(CONCLUSIÓN.)

—La Purísima, dijo Marieta viendo otro cuadro. Hé aquí el gran símbolo del amor cristiano, impalpable, etéreo, celestial. ¡Bellísima figura! ¡Qué misticismo de inspiración hay en toda ella! Esos ojos que no miran, pero ven todo el cielo y lo reflejan en toda su pureza; y esos labios de inefable expresión, y esas manos cruzadas sobre el seno, y esas formas ligeras, llenas sólo de pudor, en medio de esa vaguedad de ambiente y esa difusión de luz... todo eso se va. sube, toca al cielo. ¡Gran cuadro! Sin duda con-

fesó y comulgó para pintarlo, añadió para sí; pero ¿qué tiene él que confesar ni comulgar si es un ángel? Edmundo, este cuadro es mío: me gusta más que todos. Es V. un pintor de genio.

Edmundo se echó á reír como un insensato.

—¿Y este otro cuadro? preguntó la condesa llegando al último ya.

—Es una...

Y Edmundo se interrumpió desconcertado.

—¿Por qué está cubierto?

—Porque es una... una aleluya, contestó al fin el pintor de un modo inimitable.

—No será del mismo autor.

—Del mismo es.

—Será su primer ensayo.

—El último.

—¿Y es tan?...

—Tan malo es.

—No es posible, dijo Marieta con acento de convicción.

—Me lo ha asegurado una persona muy... muy ilustre y cortés, contestó con sarcástico despecho el ofendido artista.

—Quiero verlo.

—No se podrá desatar señora el enredado nudo de la gasa.

—Pues si no se puede desatar, se rompe, dijo la condesa con cierto heroísmo, acordándose sin duda de Alejandro.

Y esto diciendo tiró violentamente del velo y dejó el cuadro descubierto.

—¡Ah! exclamaron los dos sorprendiéndose cada cual por su concepto.

—¡Bravo! ¡Excelente! ¡Excelentísimo! añadió la condesa artista viendo mejor la perla de Edmundo.

Este, sin conciencia de lo que hacía, tomó las manos de la condesa y las estrechó contra su pecho.

—¡Qué Jesús! ¡Qué apóstoles! ¡Qué fulguración! continuó diciendo la entusiasmada condesa. Pintor, la luz es un color de tu paleta y esta apoteosis de gloria baña también la frente del artista. No, no desmayes en tu pobreza, condición fatal del verdadero mérito. Ama siempre el arte divino, la poesía de la luz, la luz de la gloria: la gloria es tu destino.

Edmundo estaba fuera de sí, y en su delirio, igual á un rapto de febril inspiración, hubo de abrazar á la condesa dándole repetidas gracias con palabras de insensato.

La condesa, que tenía alma de artista, se explicó perfectamente la exaltación del pobre artista, bien que no supiera su humillación, y no tuvo por que esquivarse. Al contrario, miró de cerca y con gusto los humedecidos, grandes y espléndidos ojos del simpático y gallardo joven y le parecieron bellísimos.

—¿Estorbo? dijo desde la puerta una voz de hombre celoso.

—¡Ah! exclamaron á una los artistas desasiéndose.

El barón de la K., que el barón era el inoportuno, se adelantó unos pasos en la estancia y se detuvo trémulo y jadeante.

Medió una pausa de embarazoso silencio.

La condesa miraba á Edmundo, Edmundo á la condesa, el barón á los dos.

—Señora condesa... dijo al fin el de la K., rompiendo el silencio como quien rasgara un papel.

—Señor barón... contestó la condesa sosteniendo su iracunda y fosforescente mirada.

—Quiero una explicación de lo que he visto.

—No tiene V. derecho para exigírmela, ni yo por consiguiente obligación de dársela. Sin embargo se la daré por mi decoro, por mi decoro no más.

Medió otra pausa más breve.

La condesa miró á Edmundo con toda la expresión de sus ojos y Edmundo hubiera comprendido su intención, á no ser por su modestia.

Con todo eso, se decidió á secundarla, fuera lo que fuera.

—Espero esa explicación, señora, siquiera sea por su decoro no más, dijo el barón avanzando otro paso.

La condesa tomó de la mano á Edmundo y llegando hasta muy cerca del otro:

—Tengo el gusto, señor barón, le dijo del modo más gracioso, tengo el gusto de presentar á V. mi futuro esposo.

—¡Ah! exclamó el rival celoso crispando las manos y dando en el suelo una coz.

—He de advertir á V., caballero, dijo ahora Edmundo creciendo un palmo sobre el orgulloso barón, que esas maneras *no me gustan á mí*, ni puedo, ni debo, ni quiero tolerarlas.

El caballero se ahogaba en su hinchazón, hinchazón de orgullo herido que destila siempre hiel, y sentía necesidad de desahogarse en injurias; pero no acertando á formularlas, rompió en una fiera carcajada.

Edmundo le indicó la puerta con ademán imperioso.

El barón quedó desconcertado.

Pero muy luego se rehizo y contestó con soberbia:

—Si fuera V. algo más de lo que es, tendría el gusto de matarlo. No le perdono sin embargo: me vengaré de otro modo que aún me place más. ¡Oh! me vengaré bajo palabra de honor. Sí, condesa, me vengaré.

Y partió.

V.

El barón de la K. no pudo cumplir su palabra de honor en los días subsiguientes, víctima de una fiebre delirante que lo retuvo en cama por espacio de cuarenta y tantas horas.

Cuando se levantó al tercer día y puso en orden sus recuerdos, sintió la misma rabia, que rabia y no dolor le causaba la profunda herida hecha á su orgullo, y persistió en su empeño de vengarse matando, sinó al pintor por adversario indigno, á la dignísima condesa. La mujer muere con su honor, y el honor de la condesa era el blanco de la mala intención del barón.

Y escribiendo estaba ya la escena de la noble dama en brazos del plebeyo y mísero pintor con la idea de insertar la anécdota en la crónica escandalosa de la corte, cuando llegó á interrumpirlo en su piadosa obra su ayuda de cámara ofreciéndole en un azafate de bruñida plata una carta del interior.

La letra del sobrescrito era de mujer, y con este aliciente, dejó el barón su pluma de oro y rompió el noma de la carta con cierta curiosidad.

La letra del contesto no era ya de mujer ni de hombre tampoco, sinó de litografía; la carta no era pues carta, sinó un lujoso y elegantísimo anuncio que muy bien sahumado y oloroso decía lacónicamente.

«La condesa de N. y el artista Edmundo X. participan á V. E. su efectuado enlace y se despiden para Pekín.

»Señor barón de la K.»

—¡Mal rayo los parta! exclamó S. E. rompiendo con gran despecho su ya inútil gaceta. Pues si no puedo vengarme de esa loca, añadió levantándose, no puedo tampoco permanecer en Madrid y allá me vuelvo á Petersburgo.

Y allá se fué el barón de la K.

Era ruso. La K. acababa en *off*: no podía acabar de otra manera.

CECILIO NAVARRO.

EL PECADO DE MAGDALENA

(CONTINUACIÓN.)

Yo no sé cuanto tiempo permanecí aterrada, sin pensar y sin derramar una lágrima.

La llegada de la camarera me arrancó de mi estupor. Venía á decirme que Pedro aguardaba mis órdenes.—Que suba cuando llame,—dije con una especie de extravío. Me vestí apresuradamente, y cogiendo una pluma, escribí á mi tío las cosas incoherentes que acudieron á mi imaginación en aquella hora de desfallecimiento. «Sí, he sufrido, he luchado, he amado y me he hecho traición, le decía. Quería que Luisa fuese feliz; le he sacrificado mi dicha, mi amor, mi vida entera, y luego todo lo he perdido en una hora de debilidad. Roberto me amaba y le he rechazado para dárselo á Luisa; he asistido cada día al espectáculo de su felicidad, he vivido á su lado con la muerte en el alma y la sonrisa en los labios, y si quería huír con vos lejos de ellos, no era ante los remordimientos, sinó ante el peligro. Como ha escapado de mi corazón el fatal secreto en el momento de la partida no puedo decirlo.... Estabais allí, habéis sorprendido mi primera debilidad.... ¡Decidme vos mismo si el castigo es igual á la falta! Luisa lo ignora todo y debe ignorarlo todo. Jamás una palabra mía irá á turbar la tranquilidad de su vida ni de la vuestra. Adios. Perdonad si rehusó vuestros dones; serían un peso demasiado enorme para mi corazón, cuando el vuestro me rechaza.... Adios, tío mío, no puedo olvidar que me recogisteis y que me habéis protegido y amado. No puedo creer que envejecáis sin tenerme á vuestro lado; este pensamiento me parte el corazón.»

Recogí los billetes de banco esparcidos á mis piés y los uní á la carta. Escogí en seguida, entre las cajas preparadas para nuestro viaje á Italia, una pequeña maleta donde metí ropa blanca y algunos sencillos objetos de toilette. De todas mis alhajas no guardé más que mi reloj que había pertenecido á mi madre por lo cual era mío indisputablemente. Yo tenía en una bolsa una pequeña suma apartada de mis gastos de toilette y destinada á mis limosnas particulares. Esto debía servirme para hacer

frente á los primeros gastos de viaje, porque yo quería salir de París al instante y huir muy lejos. Quemé algunas cartas, y papeles sin importancia en los que había trazado en días más bonancibles, muchos pensamientos serenos y agradables, muchos sueños de felicidad; di lentamente una vuelta por aquel reducido aposento donde yo había vivido dichosa tanto tiempo, deteniéndome delante de cada objeto, contemplando cada mueble con doloroso enternecimiento; luego llamé á Pedro, quien cogió la pequeña caja que le designé. Recorrí enseguida uno después de otro los departamentos del castillo, dirigiendo á cada uno un eterno adiós. En el aposento de Luísa, me detuve delante de un pequeño retrato á dos tintas representando á Roberto en traje de caza, y por un momento tuve la tentación de descolgar el cuadro y huir con mi tesoro; pero no, nada suyo me pertenecía. Me retiré lentamente sin dejar de mirarlo, y al llegar á la puerta, no podía decidirme á pasarla: me parecía que sus ojos me llamaban y que sus labios se abrían para pronunciar mi nombre.

En el salón, me senté una vez más en el sillón donde yo estaba la víspera cuando se echó á mis pies.... Por fin fué preciso partir.

Nadie me aguardaba á mi llegada á París. Pedro hizo acercar un coche, y cuando se disponía á subir al pescante:—Seguid vuestro camino, le dije, yo no vuelvo al hotel.

Me miró atónito.—¿La señorita no tiene necesidad de mis servicios? ¿Donde es necesario conducirla?

Vacíle un instante.—A Saint-Roch, contesté yo á la ventura.

Trasmitió mi orden, y mientras el caballo se ponía en movimiento, pude verle, inmóvil como una estatua, que me seguía mirando como embobado.

A la primera revuelta de la calle mandé parar al cochero y le di orden de que me condujera á la estación de Orleans. El tren de Bretaña no partía hasta por la noche. Púsose por fin en movimiento y me llevó lejos de París. En mi angustia y abandono en que me hallaba me ocurrió la idea de refugiarme provisionalmente en aquella casita de La-Roche-Ivon que Luísa me había dado como regalo de boda, no porque la considerase propiedad mía definitiva, puesto que deliberadamente dejé mis títulos de propiedad con las alhajas que debía á la liberalidad de mi tío; sino porque quería desde luego y á cualquier precio hallarme á gran distancia de las personas de quienes me separaba. Por otra parte yo pensaba que á nadie, caso que hubiese alguien que se interesara todavía por mí, le ocurriría la idea de irme á buscar á aquel sitio, y las relaciones de mi tío con la vieja encargada de la guarda de la casa eran tan pocas, que debería, según toda probabilidad, transcurrir muchísimo tiempo antes de que llegara á saber mi aparición en el país. Entre tanto, esperaba confiada en que habría adoptado un partido y creádome recursos.

En medio de la catástrofe que trastornaba mi existencia, estaba más tranquila que no lo había estado hacía ya mucho tiempo. Mi corazón altanero, protestaba contra la injusticia del destino; la enormidad del castigo me devolvió la energía. Tenía que combatir contra obstáculos materiales, la pobreza y el abandono. Esto me parecía tarea fácil después de esa lucha enervadora contra una pasión secreta que iba en aumento cada día; experimentaba á pesar de mi angustia, como un sentimiento de restauración, y dormía bastante tranquilamente cuando el tren se detuvo en Nantes. Me hice conducir enseguida á la Administración de la diligencia que conducía á Vannes, que partía aquella misma tarde. Pasé una gran parte del día en el despacho, sentada encima de los equipajes, un poco asustada por encontrarme por vez primera sin protección, observada con curiosidad por los empleados y molestada por los cargadores. Enseguida que la diligencia estuvo pronta, subí al cupé, donde iba sola felizmente; la presencia de un ser que riera, respirara ó se agitara á mi lado, me hubiera sido odiosa.

Apenas llegué á Vannes, me proporcioné un coche y me puse en marcha para La Roche-Ivon. Caía una lluvia fina y penetrante que formaba una espesa niebla sobre la campiña; las inmóviles hojas de los árboles chorreaban silenciosamente; las ramas de las aliagas entremezcladas con *Fils de la Vierge*, los brezos y las yerbas estaban cargadas de un pesado rocío; á lo lejos brillaban lagunas de un brillo empañado sobre la parduzca landa; las nubes estaban bajas, grises y sin profundidad. Mi guía, joven de diez y ocho á veinte años, de rostro flaco, rodeado de larga y aplastada cabellera, oculta en parte debajo del sombrero de fieltro de anchas alas, cantaba á media voz melancólicamente una canción monótona. El día decaía tan rápidamente que era negra noche cuando llegamos á La Roche-Ivon.

Nos costó mucho trabajo hacer abrir á la anciana María Ana, y mucho más todavía hacerle comprender quien yo era. La anciana María oía poco y yo hubiera permanecido tal vez mucho más parlamentando con ella en el umbral de la puerta, si el joven que descargaba el equipaje no hubiera traído de la cocina una antorcha de resina encendida. Me miró un momento con sorpresa, mas luego me reconoció. Era la buena vieja viuda de un antiguo arrendador de mi tío, á la cual por mi intercesión había concedido la custodia y guarda de aquella casita, y la pobre mujer no sabía cómo atestiguarle su regocijo por volverme á ver. Le expliqué que había estado enferma, que iba á Bretaña á restablecer mi salud, que deseaba permanecer retirada y la rogúe que no participase á nadie mi llegada. Me preguntó si mi tío y Luísa tardarían mucho

en ir á reunirse conmigo; yo le hice comprender que por el pronto no podían ir; por otra parte yo no contaba permanecer en La Roche-Ivon más que el tiempo necesario para reponer un poco mis fuerzas.

En tanto que ella se apresuraba á preparar mi habitación en el piso superior me senté en la cocina, junto á una esquina de la vasta chimenea y calenté delante de una clara llama mis miembros entumecidos por la humedad. Al cabo de un buen rato volvió á aparecer María-Ana. Mi aposento estaba preparado. Era este una pieza muy grande que recibía la luz por dos ventanas que daban á un jardinito, y de tal modo invadidas por las ramas de una antigua parra que el más ligero soplo de aire producía el roce de las hojas y de las ramas tiernas contra los estrechos cristales pegando suavemente como si pretendieran penetrar en la habitación. El pavimento estaba formado por anchas tablas de castaño oscurecidas y lustrosas por el uso; las vigas del techo eran de la misma madera y tenían igual color. En un rincón del aposento había una antigua cama de encina con pabellón formado por una ropa de lana de color oscuro con bellotas y pasamanería azulada; en otro rincón, un baul con la cerradura estropeada, una mesa y algunas sillas de forma maciza: este era todo el mobiliario. Un antiguo espejo, con marco ricamente esculpido, pero cuyo dorado había desaparecido, adornaba la elevada chimenea. El aspecto de mi alojamiento me agradó; nada podía en él distraerme de mis graves pensamientos. Me despedí de la anciana María-Ana, pero yo no dormí en toda la noche; un frío húmedo penetraba mi cuerpo en aquella gran sala, deshabitada hacía mucho tiempo. Las enormes dimensiones de aquel aposento, acrecentadas aún más por las itnieblas y el sentimiento de mi soledad, me causaban cierto espanto. Se había levantado viento y penetrando por la ancha chimenea, agitaba hasta la pesada colgadura de mi cama: su silvido á través de la landa me hacía estremecer: me parecía oír que alguien lloraba á mi lado.

Por fin amaneció un día triste y lluvioso como el de la víspera. Corrí á la ventana y á través de las ramas de la parra, pude ver el jardín y los acirates ribeteados de boj. Rosas pálidas medio deshojadas, desmedradas dalias, algunos arbustos arrastrando sus indisciplinadas ramas por los estrechos senderos, hé ahí lo que ví del primer golpe de vista. A la derecha la landa inmensa que habíamos atravesado la víspera, á la izquierda el espeso castañar plantado en la loma del ribazo y descendiendo en rápida pendiente hasta el riachuelo engrosado por la lluvia. A lo lejos, el horizonte, anegado en la bruma, no dejaba adivinar nada del aspecto del país. Me volví al lecho y permanecí en él pensando tristemente hasta la hora en que María-Ana entró en mi aposento.

No cesaba de llover. Intenté salir, pero volví á entrar pronto en casa desanimada, á causa del barro y la niebla. Me había llevado conmigo algunos libros; quise leer, no pude fijar mi pensamiento, y el libro se me cayó de las manos. La incertidumbre del porvenir me oprimía: yo estaba sin recursos, era preciso crearlos á toda costa, porque hubiera preferido morir antes que recurrir á mi tío. No obstante, mi resolución de ocultar á todo el mundo mi vida pasada me impedía pensar en ninguna de esas posiciones de confianza en que la honradez personal y las recomendaciones valen tanto como el saber. ¿Qué me quedaba, á no ser el trabajo manual? No me faltaba valor; pero por la noche, cuando volvía á encontrarme en mi gran sala, mal alumbrada por una mezquina lámpara, y que dirigiendo una mirada en torno mío, me sentía tan abandonada, perdida para todos aquellos á quienes amaba, cuando reflexioné que esta soledad sería eterna, caí en un indecible abatimiento. Fuera de mi aposento todo era confusión y tinieblas. El viento del mar, atravesando la desierta landa, venía á chocar en los ángulos de la casa dando agudos silvidos; la lluvia, que no había cesado en todo el día, caía entonces á raudales. Yo estaba acurrucada en el rincón de la vasta chimenea, y seguía con la vista al humo que se elevaba lentamente formando espirales, rechazado algunas veces por las ráfagas que venían de fuera, pero que recogía sus dispersas nubes, subiendo, subiendo siempre.

María-Ana indudablemente dormía hacía ya mucho rato, porque yo había dejado pasar sin sentirlo la hora de recogerme, cuando creí oír un débil ruido mezclado con el que formaba fuera la tempestad. Escuché y el ruido se repitió como si anduviera alguien ligeramente debajo de mi ventana. ¿Quién andaba por allí en tan tremenda noche? Sin duda algún campesino que se había retardado á causa del mal camino y que se hallaba sin abrigo contra la tempestad á aquella hora. Me acerqué á la ventana y me esforcé en penetrar con la mirada la espantosa oscuridad de la noche. En aquel momento sonó un golpe en uno de los postigos del cuarto bajo; yo sabía que desde la cocina, donde dormía María-Ana no podía oírlo. Abrí la ventana y me incliné hacia afuera: un golpe de lluvia fría é impetuosa me cegó, dándome en el rostro, y el viento, penetrando en el interior, apagó la luz. Mientras me esforcaba en encenderla de nuevo, la parra que ocultaba la ventana se agitó violentamente; oí un ruido de follaje y ramas magulladas, y cuando me volví asustada hacia la ventana que había quedado abierta, un hombre penetró por ella atrevidamente y se quedó en pie delante de mí. Yo dí un grito y, cayendo de rodillas, tendí los brazos hacia él, porque le había reconocido á pesar de sus cabellos en desórden y del agua que corría por su rostro. Él cerró la ventana, y luego levantándose en sus brazos me llevó cerca del fuego.

—No tengáis miedo, soy yo, dijo despojándose de la capa sucia de barro y arrodillándose á mis pies, ya me tenéis á vuestro lado, Magdalena. Os he encontrado, y por nada del mundo me separaré más de vos.

—¿Roberto, cómo, estáis ahí? ¿Quién os ha dicho que vinierais? ¿Mi tío tal vez?...

El movió tristemente la cabeza.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? dije yo levantándome muy pálida. ¿Luísa...?

La voz espiró en mis labios.

—Tranquilizáos; vuestro tío y vuestra prima no corren ningún riesgo. He partido para reunirme á vos, Magdalena... He abandonado para no volver más á ella la casa de que os han echado...

—Es imposible: me engaáis... Es necesario que volváis, Roberto, que partáis inmediatamente. Vos me perdéis. ¡Dios mío! he jurado á mi tío que no os volvería á ver nunca. ¿Quién ha podido deciros?

—¡Ah! ¡qué débilmente amáis, Magdalena! ¡Vengo á compartir con vos la soledad y me decís que parta!

—He jurado, Roberto, que había muerto para todos... ¡Y pluguiera á Dios que así fuese! Mi tío va á maldeciros si sabe que estáis aquí. ¡Y Luísa...!

—Vuestro tío ha cuidado muy bien de romper por sí mismo los lazos que me unían á su hija, dijo Roberto con acento áspero y breve. Jamás volveré á verle.

—¡Dios mío! ¿y Luísa?

—¡Luísa! contestó con un ligero estremecimiento. El cielo me es testigo de que hubiera querido evitarle ese pesar. Ya lo sabéis, por ella quería ahogar nuestro amor, porque nos amábamos, Magdalena; pero su padre os ha despedido, os ha arrojado de su casa vergonzosamente. Y á mí, me ha insultado... No me expondré de nuevo á ser objeto de odiosas sospechas. Vuestro tío con sus ultrajes me ha declarado libre y vengo á ofreceros mi libertad. Yo le escuchaba con estupor.

—¡Qué pálida estáis, pobre joven! continuó mirándome con compasiva ternura. ¡Qué estrago en tan poco tiempo! Dejadme que os contemple, amiga mía, y que bese vuestras manitas enflaquecidas. No nos separaremos más, Magdalena, ¿me comprendéis? La fatalidad, la Providencia, si os parece mejor, Dios mismo nos ha reunido á pesar de los hombres, á pesar nuestro, ¡insensatos los que querían separarnos!

(Se continuará.)

SECCIÓN RECREATIVA.

CHARADAS.

I.

La *todo* vende calzado y no se *una-cuarta-quinta* si por la *tres-cuatro-cinco* un gato sale y le quita *dos-cuarto* del fruto que una *dos-cinco* da rica, que hay gatos que gustan mucho de lo que en ella se cría.

II.

En tiempo de la *dos-tres, una-cuarto* en *primera-dos-cuatro* pagó *todo* el que alguna *dos-tres-cuatro* formaba de eludir su deber buscando modo.

FUGA DE CONSONANTES.

.o.a . .o.u.a .a e.e.i.a .e.e,
.ue.o .e a.u.ia . .ie.e . .e.a.eo,
e. a.a.e.ue.e. .e. .o.u.o .eo
.ue i...i.a a. .e.o .a a.a.i.a .e.e-

SOLUCIONES

correspondientes al número 19 del 1.º de Marzo 1884.

CHARADAS.

Papelería.—As.

ACRÓSTICO DOBLE.

C—rue—L
A—vis—E
R—uid—O
M—elo—N
E—riz—O
N—eva—R

Han acertado todas las soluciones las Sras. D.ª Manuela de Jimeno, D.ª Carmen Torres y Plaza, D.ª Adriana G. de Granés, D.ª Paula Cortés, D.ª C. B. de P., D.ª Dolores Rico D.ª Concepción de Salas de Rojas, D.ª Emilia del Pino, D.ª M. Vázquez, D.ª Dolores Pérez Blanco, viuda de Hilla y D.ª Adela Peyra de Iscar.

La 2.ª charada y el acróstico, las Sras. D.ª Asunción y D.ª Bienvenida de López Serriñá, D.ª María Carvajal, D.ª Gloria Fuster y D.ª Aurelia Casamayor.

El acróstico doble, la Sra. D.ª Joaquina Prat de Buxó.

La 2.ª charada, las Sras. D.ª María López Marín y D.ª Encarnación López Marín.



18 á 23.—Sombreros de niños.



24.—Espalda del figurin n.º 15, publicado en el número anterior.



27.—Delantero del n.º 6.



25.—Cuerpo con chorrera de encaje drapeada.



26.—Traje de soirée.



28.—Cuerpo-chaqueta guarnecido de encaje.